



# PALABRA DEOSO#2

.....

*Vacaciones  
en el mar*

.....

BOB FLESH

Lectulandia

Segunda entrega de la serie Palabra de Oso, que esta vez nos lleva hasta las cálidas costas del Mediterráneo, a Barcelona y a las playas atestadas de carne del enclave más gay y más vicioso de toda Europa: Sitges.

Marc Kaplan tendrá que resolver un misterio, y deberá buscar pistas entre osos peludos, chubbies viciosos, daddies encantadores, osazos polares, ositos panda... Y también deberá tener cuidado con su reverso tenebroso: el perverso Wolfgang Chub y sus secuaces.

Muchos pelos, muchos kilos y más páginas en esta segunda entrega de la serie de temática bear más explícita y morbosa jamás publicada en español: Palabra de Oso.

18 nuevos capítulos llenos de sexo carnoso y velludo, de escenas tórridas y sudorosas como pocas veces se han escrito.

**Lectulandia**

Bob Flesh

# **Vacaciones en el mar**

**Volumen 2 de la serie Palabra de Oso**

ePub r1.2

Polifemo7 19.09.13

Título original: *Vacaciones en el mar*  
Bob Flesh, 2013  
Diseño de portada: Pepe Buonamisis  
Fotografía de portada: Pepe Buonamisis  
Retoque de portada: orhi & Banshee

Editor digital: Polifemo7  
Aporte cedido por: Ariblack  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Hay un montón de cosas que podemos hacer

Decir que el vuelo había resultado una tortura sería faltar a la verdad. Era un trayecto que Marc había realizado numerosas veces a lo largo de los últimos siete años. Supuestamente, estaba habituado a él. Supuestamente. Nueva York-Barcelona, algo más de seis mil kilómetros en unas diez horas. Es una duración que se presta a la subjetividad. A veces se hace eterna y a veces se te pasa en un suspiro, o casi.

Marc entabló conversación con Joel, fue fácil, uno de esos encuentros fortuitos que en cuestión de dos minutos crean la sensación de una asombrosa intimidad. Para cualquier observador externo, se trataba del reencuentro de dos personas que se conocían de toda la vida. Pero no era así. Joel era un señor maduro francés de cara afable y reposada. Sus formas eran redondas, sólidas y acogedoras. Su escaso pelo era negro y tenía una preciosa calva. Su barba era oscura pero en la zona del mentón se volvía blanca como la nieve. Tenía un algo de oso panda.

Marc se sentía tan cansado por los preparativos y compromisos de los últimos días que juzgó su propio estado como próximo a la embriaguez. No estaba seguro de decir las cosas adecuadas, quizá se estaba mostrando demasiado franco, demasiado expansivo. Desde un principio había sido sincero con su compañero de asiento, le habló de su marido desaparecido con la mayor normalidad. Aquel hombre bromeó al respecto, pero nada de mal gusto, al contrario, halagó al joven Marc.

—Si hay una vacante en su vida, me gustaría saberlo —fue el atrevido comentario de Joel, quien hizo esta afirmación con pasmosa ternura y naturalidad.

—¿Es usted diplomático? —le preguntó Marc poco después. Por algún motivo estaba convencido de que esta era su profesión. Embajador, cónsul, algo así.

Joel estaba repantigado en su asiento con maneras de un orondo ministro de asuntos exteriores que se descalza tras una interminable jornada de negociación en una cumbre mundial. Parecía cansado. Mientras tanto, el avión seguía ganando altura a toda velocidad. Marc observaba el aspecto de aquel desconocido con indisimulado interés. Se fijaba en sus dedos gordezuelos gesticulando, llenos de vida y expresión. Un segundo después su vista se detuvo en los dos botones superiores de su camisa desabrochados, con la corbata desanudada y holgada. Aquellos pelos que sobresalían del pecho de Joel eran una promesa y todo apuntaba a que estaba al alcance de la mano. Marc lanzaba miradas repetidas en dirección a los servicios, no podía evitarlo. Y si...

—¿Diplomático? —respondió Joel finalmente, echándose a reír.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada, no tiene nada de gracioso, en todo caso, irónico. Mis padres me educaron con la pretensión de que algún día sería diplomático y yo no les llevé la contraria hasta el momento decisivo.

—¿Qué pasó?

—Me reservé la diplomacia para decirles educadamente que no me interesaba la carrera diplomática.

Joel miró a Marc y forzó un silencio que duró demasiado. Probablemente quería incomodar a su joven compañero de asiento, y si así era, lo consiguió, sostuvo su mirada durante un largo minuto que empleó en analizar sus facciones. Marc era un chico apuesto, alto, delgado, moreno, atlético. Su piel era suave aunque a la altura de los ojos tenía eso que hoy llaman *líneas de expresión* y antes se llamaba, sencillamente, arrugas. Justamente, aquellas líneas expresaban que Marc había pasado por muchas cosas en los últimos años, probablemente, demasiadas: su lucha por convertirse en un pintor reconocido, su fulgurante ascenso en el mundo del arte, el descubrimiento del hombre de su vida, el que lo fuera todo para él, el gran Theodor, su amante, su marido, su mentor, hasta su repentina y misteriosa desaparición en el transcurso de un vuelo transoceánico. Ni rastro de Theodor, ni rastro del avión en el que viajaba. Demasiadas experiencias para tan corta edad. A veces, despertaba por la noche empapado en sudor, por culpa de sueños recurrentes que le hablaban de esperanza, como si Theodor siguiese vivo en algún sitio y entablase comunicación con él a través del plano onírico. Era la duda, el no saber, el no haber podido despedirse, el no tener una certeza absoluta, eso era lo que le martirizaba. Demasiados interrogantes, demasiados flecos sin cerrar. A veces se aferraba a uno de esos sueños tan vívidos y se despertaba murmurando: «Espérame, Theodor, te encontraré».

Estos episodios ocurrían siempre por la noche. En pleno día, durante su vida cotidiana, Marc seguía siendo un treintañero, un afamado pintor insultantemente joven, si bien, desde que se había vuelto a quedar solo en el mundo, se sentía como alguien mucho mayor.

—¿Por? ¿Por qué renunciaste a tu carrera diplomática? —preguntó de nuevo, ya no por curiosidad, sino para romper de una vez aquel interminable silencio.

—Porque... —dijo Joel sosteniendo la mirada e imbuyendo a sus palabras de un tono ¿lúbrico?— digamos, tenía otros intereses...

—Ajá —dijo Marc tontamente.

Joel se revolvió en su butaca buscando mayor comodidad, su corpachón no acababa de encajar bien en aquel asiento. Marc podía pecar de ingenuo —muchas veces lo era— pero en aquel momento ya no podía dudar más: aquel magnífico oso panda que respondía al nombre de Joel le estaba mirando con deseo, y no era la clase de deseo superficial con el que se construye una indirecta, era algo más poderoso y avasallador, era un deseo desatado, salvaje y puro, a flor de piel, irreprimible. Quién sabe si para confirmar esta sospecha, Joel se desabrochó otro botón de su camisa y Marc pudo atisbar un pezón con claridad. Las tetitas peludas que antes apenas

intuyese ahora eran una realidad, pelos negros como la oscura noche y pelos níveos como un diente de leche. Sin duda aquello era una invitación al vicio. Un poco más abajo, la redonda barriga subía y bajaba, acaso cada vez más deprisa, mullida, invitadora.

—¿Un refresco? —dijo la azafata rompiendo el hechizo.

Marc y Joel saltaron sobre sus asientos y la miraron con desaprobación, condenando su innegable don de la inoportunidad. Con todo, y de manera paradójica, respondieron:

—Sí, por favor.

Habían transcurrido más de tres horas desde que abandonaran el Aeropuerto Internacional JFK y la nocturnidad del vuelo empezó a hacer efecto entre los pasajeros. La mayoría de ellos dormían. Marc y Joel seguían hablando, casi cuchicheando.

—¿Qué harás cuando llegues a Barcelona? —le preguntó Joel.

—Instalarme. Tengo un piso viejo en Gracia que debo adecentar. Pienso convertir la ciudad en mi nueva base de operaciones.

—Suenas muy bien. Eres joven, guapo y vas a empezar de nuevo en la ciudad más excitante de Europa.

—Gracias por los piropos, intentaré no quejarme. ¿Y qué hay de ti? ¿Qué piensas hacer estos días por Barcelona?

Definitivamente, Joel era un tipo divertido. Arrugó la frente como si fuese presa de profundos pensamientos y, al cabo, tuvo lista su elaborada respuesta:

—Follar, básicamente.

Marc se rió. En este punto ya no pudo guardar las formas. Su mano alcanzó el pecho de Joel y se sumergió debajo de la camisa, cogió su pezón derecho y presionó con las yemas. Este emitió un gemido que sonó como si se liberara una fuerza reprimida durante demasiado tiempo. Pero ¿cuánto?

—Creo que vas a tener una llegada triunfal a la ciudad condal —le dijo Marc.

Joel estiró su brazo hasta la entrepierna de su nuevo amigo. El bulto alargado era evidente. Joel trazó su contorno sobre el pantalón, movimiento que repitió con cierta fascinación. Una enorme salchicha en estado de gracia.

—Tienes una buena polla —susurró.

—Gracias.

—Es enoorme.

—Es tuya.

Joel miró a su alrededor con desconfianza y dijo de un modo urgente, que no admitía réplica:

—Vámonos al baño.

—Tú primero. Daré cuatro toques a la puerta.

Joel se levantó sin más demora y enfiló el pasillo en dirección al servicio. Marc lo vio alejarse y admiró su ancha y robusta espalda, era un hombre muy de su gusto. Llevaba unos pantalones oscuros de pinzas que le hacían un culo muy bien formado y pellizcable. En algún momento le había recordado a su querido Theodor. Ambos se mostraban campechanos, libres de malicia, sensuales.

El avión parecía instalado cómodamente en una velocidad de crucero y el ambiente entre los pasajeros podía definirse como soporífero. Marc dejó pasar unos minutos prudenciales, tiempo que aprovechó para liberar discretamente su erección de la opresión del calzoncillo, de la tirantez del vello púbico y de la incomodidad de su postura. Estaba dedicado a esta operación cuando interceptó la mirada de un chico sentado en una fila más a la derecha. Un joven de su misma edad, aproximadamente, y de aspecto profundamente norteamericano. Parecía un leñador de Nebraska pero en versión urbanita. Se pelo estaba rapado al dos y en su acolchada nuca podían observarse dos preciosas franjas curvas que se unían en una bella forma, acaso un arabesco. Era un cachorro, un oso, más que un cub, un chubby bear jovenzuelo. Marc se sintió turbado por su mirada, porque, obviamente, le estaba mirando fijamente, y además, con intención. Aquel vuelo era una locura. ¿Acaso era un crucero aéreo del amor? ¿Por qué no te avisan nunca de estas cosas?

Recuperó el hilo de sus pensamientos y decidió que ya le había dado suficiente tiempo a Joel. Cuando por fin se incorporó, aún notaba la polla tiesa abultando de manera exagerada en su pantalón. Recorrió la distancia que le separaba de su destino sintiendo la mirada de aquel osito insomne sobre el bulto de su entrepierna.

Cuando dio los golpes convenidos, la puerta se abrió. Dentro estaba Joel... ¡en pelota picada! Qué hombre. Sus bocas se unieron con torpeza y avaricia. Marc se apresuró a bajar hasta sus pezones y los comió con destreza. Joel era un instrumento musical y Marc sabía cómo afinarlo. Los gemidos le fueron dando las indicaciones oportunas, eran sinceros y, probablemente, demasiado audibles. Hay que morder, hasta que duela, y tiene que doler porque tiene que gustar. El equilibrio perfecto entre el dolor y el placer se aprende con el tiempo y Marc superó esa materia en el pasado, con matrícula. Luego fue Joel quien descendió hasta la cintura de Marc y con un gesto brusco le bajó el pantalón vaquero y los calzoncillos hasta los tobillos. Marc se dejó comer la polla mientras se fijaba en las redondas carnes de Joel en todo su esplendor. Su piel era clara, muy pálida, probablemente, agradeciera el sol de Barcelona. El contorno de su cuerpo era magnífico, robusto y sin ángulos. Aquel hombre sabía cómo hacer trabajar su lengua. Marc sentía su polla dura como en sus momentos más inspirados, como un objeto contundente listo para afrontar la más ambiciosa empresa sexual, como si no le perteneciera, como un martillo del amor. Definitivamente, su vigor había vuelto y estaba allí para quedarse. Marc se abrió al

mundo y experimentó una paz que anunciaba una era abierta al placer. Cerró los ojos y asió la cabeza de Joel mientras la acompañaba en sus movimientos acompasados. Imaginó una fila de pasajeros gorditos con el culo el pompa, prestos para el amor. Era una visión tan excitante que, repentinamente, Marc se vio obligado a alejar la cabeza de Joel de su polla. Estaba a punto de correrse. Unas gotas traidoras se deslizaban ya sobre el tronco venoso. Joel le miró suplicante, como diciéndole, *no importa, déjame acabar*.

—Me gustaría follarte —le susurró Marc.

Semejante idea era una locura y ambos lo sabían.

—No puede ser —replicó Joel introduciéndose de nuevo el rabo de Marc en la boca.

—Ya lo sé... Ummm... Pero...

—¿Pero? —preguntó Joel en uno de los intervalos del mete-saca, sin llegar a detener el ritmo.

—Pero... Ummm... Te deseo... Te quiero...

—¡Pfffffffuuuff! ¿Me quieres? —preguntó Joel tan sorprendido que casi detuvo el ritmo.

—Te quiero... Te quiero follar... —completó Marc.

—Aaaah —respiró Joel más tranquilo—. Eso será otro día. Pero no te preocupes, hay un montón de cosas que podemos hacer.

Joel se levantó y, de pie, se apostó en el pequeño lavabo, dándole la espalda a Marc. Este bajó y le separó las nalgas. Empapó su mano derecha con agua y jabón y estimuló el agujero del oso hasta que empezó a dilatarse. Introdujo dos dedos. Joel gimió. Marc llevó su mano hasta la polla de su amante para comprobar cómo iba todo por allí. No era muy larga pero sí gruesa, estaba dura. Marc le masturbó durante un minuto.

—¡Para! —le suplicó Joel.

Marc acomodó su polla tiesa sobre las nalgas blancas de aquel osazo y se dio placer frotándose contra ellas, aprisionando su enorme verga. Gotas de precum empezaban a aflorar de su extremo. Los dos amantes estaban incendiados por el gozo y el deseo.

Joel se dio la vuelta y Marc decidió dedicarle atención a sus pezones, que estaban tan duros que podrías colgar un retrato de ellos. Era un experto en la materia. Joel era de los que gemían —y mucho— y por momentos parecía que lloraba. Marc mordía su pezón derecho y ambos se masturbaban al mismo tiempo.

El cuerpo de Joel era el doble de voluminoso que el de Marc. Sus tetitas daban mucho juego, pedían a gritos ser mordidas y masajeadas. Tanta carne excitaba lo indecible a Marc, que seguía comiéndole los pezones como si realmente quisiese devorar a su amante, comérselo literalmente. Joel se retorció de gozo y continuaba

pajeándose, deteniéndose a intervalos para controlar el ritmo y posponer el momento final en lo posible.

—Quiero que te corras en mi boca, me lo quiero tragar —le ordenó a Marc. Hablaba muy en serio.

Una vez más se llevó la enorme polla tiesa de Marc a la boca. La saboreó como quien saborea un manjar tras un año de abstinencia. La engulló toda y se aplicó a chuparla con un elaborado juego de lengua de esos que no se improvisan ni se aprenden en un solo día. Aquella técnica requiere años de aprendizaje y perfeccionamiento. Muchas pollas se había comido Joel para alcanzar tal maestría. Marc pensó, «Dios mío, pero qué es esto». Una oleada de placer le invadió y le provocó un escalofrío en la base de la columna vertebral. Se diría que aquella mamada estaba desbloqueando zonas inéditas de placer. Quién iba a decirlo. ¡A estas alturas!

Marc cerraba los ojos. No podría aguantar mucho más. Sentía cómo Joel mantenía su ritmo con la boca sin descuidar su propio placer, seguía masturbándose. En efecto, había muchas cosas que se podían hacer sin recurrir a la penetración. Y muy recomendables. Abrió un ojo y vio reflejado el culo redondo de Joel en un panel metálico del baño. Aquella visión resultó electrizante, fue el detonador perfecto. Marc no pudo aguantar. Joel se dio cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir por cómo se tensó de repente el cuerpo de su joven amante. Reaccionó y se preparó para recibir la descarga.

—¡Voy! —dijo Marc. Más bien se le escapo.

Joel aceleró sus movimientos.

—¡Voooooooy!

El cuerpo de Marc estaba duro y rígido como una tabla de planchar. Con una mano Joel le sujetaba el culo y con la otra se masturbaba. Su boca estaba lista para tragar.

—¡Voooooooooooooooooy!

Se corrieron los dos a la vez. Marc se tensó aún más y le entregó a la garganta de Joel un vigoroso chorro de leche fresca que se estrelló con la furia de una presa de agua desbordada. Después de aquella tremenda y abundante descarga vino otra y otra más. Joel las tragaba sediento, lo quería todo para él. Su propia corrida era simultánea. Se masturbaba completamente encendido por la excitación. Cada trago se correspondía con un chorro de su propia polla.

—¡Voooooooooooooooooooooooooy!

Cuando salió por fin la última gota de la polla de Marc, Joel seguía chupando. Quería dejarle limpio.

## Mi vida en obras

Una vez te has desprendido de la mochila del miedo, la idea de empezar tu vida desde cero se convierte en la aventura más excitante. Hay un placer en ello que tiene que ver con el placer de llenar un folio en blanco. Esmérate en llenarlo de cosas bonitas, despacito, sin prisas y con buena letra. Y, francamente, el folio en blanco del que disponía Marc no podía ser mejor. Un piso enorme, un ático, en pleno paseo de Gracia con unas vistas magníficas de La Pedrera.

Llevaba un par de días trabajando en él, limpiando el polvo, tirando cosas, rumiando ideas. No había sido consciente de lo mucho que le apetecía un cambio de escenario hasta que hubo abandonado Nueva York. Barcelona era una opción magnífica. Vaya si lo era. Y aquel piso, adquirido conjuntamente con Theodor como proyecto de futuro, le hacía sentir que las cosas estaban bien, que ya había llegado el momento de sacudirse la penitencia del luto y abrazar —¡por fin!— los colores. Tenía doscientos cincuenta metros de superficie, más que suficiente para él. Techos altos, habitaciones dobles con espacio de sobra para ser transformadas en su taller de trabajo, un amplio comedor que casi parecía un loft, y luego estaba aquella terraza, no demasiado grande pero sí lo suficiente para hacer muchas cosas en ella. «Esto es un magnífico principio», se dijo.

Por la mañana habían llegado unos chicos de un rastro y se habían llevado un montón de trastos. El piso no estaba amueblado pero aún así había muchas cosas inservibles de las que deshacerse. Marc quería pintarlo todo de blanco y potenciar los espacios diáfanos. Había decidido también cuál de las habitaciones usaría como taller. Sobre el banco de la cocina tenía una moleskine en la que iba anotando ideas y detalles prácticos. A media tarde había abierto todas las ventanas del piso dispuesto a acabar con aquel penetrante olor a aire estancado. Salió a la terraza, barrió con la vista aquel maravilloso paisaje y se dejó inundar por la belleza circundante.

—Que todo fluya —dijo mientras se sentía atravesado por ráfagas de cálido aire de poniente.

Abrió una cerveza e improvisó una suerte de ritual de bienvenida y de buenos deseos que podía interpretarse también como una libación en honor a Theodor. Se hallaba inmerso en este protocolo secreto cuando un timbrazo lo sacudió y le hizo derramar algo de líquido sobre el suelo.

Se dirigió hasta el telefonillo y contestó. Eran los pintores. Marc no perdía el tiempo, había dos habitaciones que era preciso pintar cuanto antes. Subieron dos chicos vestidos con monos de trabajo de color blanco. Ambos eran flacos y de nacionalidad rumana.

—Podéis empezar por la habitación del fondo, seguidme.

Marc estaba un tanto decepcionado. En su universo de amante de los chubbies,

los pintores de brocha gorda son siempre fornidos, maduros y redonditos.

—Mejor, así no me distraerán —racionalizó para sus adentros.

Los chicos se pusieron a trabajar y Marc se olvidó del asunto. Se acercó hasta uno de los bultos de su equipaje —que aún no había deshecho del todo— y se aseguró de que su contenido permanecía intacto. Dentro estaba su posesión más preciada, su obra maestra, su mejor cuadro, *Amor #1*, el retrato de Theodor, la pieza que había de ocupar el lugar más privilegiado de su nuevo hogar. Aquella tela seguía tan impregnada de Theodor que era como un poderoso talismán, más que eso, era una pieza terapéutica, algo que insuflaba paz. A veces a Marc le daba por pensar que aquel cuadro estaba cargado de vida, de electricidad, de algo vivo, era como si el dibujo respirase. Se trataba de un *vínculo* y como tal seguía siendo un puente que le unía a su amante desaparecido, allá donde estuviese. Era más que un cuadro, su valor no podía medirse con dinero, por mucho que en el mercado se ofreciesen cifras mareantes por él.

Marc se desnudó e hizo unos ejercicios sobre el suelo del baño. Estiramientos, flexiones y abdominales. Quería poner en marcha su organismo, sentir la sangre corriendo por sus venas. Estaba vivo.

Cuando terminó, se dio una ducha muy caliente. No pensaba hacer mucho más aquel día. Prestó atención a su móvil y se sorprendió al ver la cantidad de llamadas perdidas. Tenía que poner un poco de orden en todo aquello, pero tampoco quería agobiarse. Sus ritmos eran lentos, meditados, a no ser que se hallase absorto en pleno proceso creativo, entonces era capaz de pintar durante horas y horas.

Tenía varias llamadas de su agente, Ginny, y ya sabía de qué iba la cosa. Compromisos para futuras exposiciones. Había decidido iniciar una nueva serie de cuadros en su peculiar estilo entre Freud y Bacon, la iba a titular *Anos*, porque eso es lo que iba a hacer: pintar agujeros del culo de sus amantes, amigos y conocidos. Se lo había comentado de pasada a Ginny y ésta había filtrado la noticia a galeristas, comisarios, marchantes y demás. Resumiendo, todo el mundo se había vuelto loco. Todos estaban ansiosos por conocer más detalles de la serie *Anos*. Esto convenció a Marc sobre lo acertado de su decisión, pero no quería entrar en aquella espiral de impaciencia. Que iba a pintar anos era un hecho, ¿cuándo?, ya se vería. Cuando tuviera uno interesante delante de sus narices.

El móvil sonó. Era Joel, que seguía por Barcelona.

—Bon soir, Joel.

—Bona tarda, Marc.

—¿Cómo va todo?

—Fatal.

—¿Aún no has follado? —preguntó Marc extrañado.

—No, aún no —respondió Joel disgustado.

—¿Y cómo es eso?

—¿Que cómo es eso? Déjame contarte: acabo de salir de la Sauna Condal, mis amigos nounours franceses me habían dicho que allí se folla sí o sí. Y yo digo: ¡Mentira!

—Tranquilo, Joel, esa frustración no es buena para nadie, te puede hacer mucho daño. Te puede llevar a precipitarte y a pegar un mal polvo de cualquier manera. Recuerda: la precipitación es la madre del error.

—En fin, quizá tengas razón. Debo relajarme. Tengo que...

—Tienes que relajarte, eso es.

—De acuerdo, ¿y me propones algo mejor que follar en los servicios de un vuelo internacional? ¿No tenemos algo pendiente tú y yo?

Con el jaleo de su llegada a Barcelona, Marc aún no había podido volver a ver a Joel. Le había prometido un buen polvo antes de que este volviera a París y, claro, empezaba a haber impaciencia en el ambiente.

—Mi casa está hecha un asco, pero quiero mostrarte mi nuevo hogar. Vente para acá.

—¿Ahora mismo?

—Ven corriendo —le dijo Marc mientras se desprendía de la toalla que llevaba sujeta en la cintura.

Joel colgó súbitamente y Marc percibió el sonido de la línea muerta. Se imaginó a su amante francés corriendo por las calles del centro de Barcelona como si tuviera que desactivar una bomba a punto de estallar en la Sagrada Familia. Un torbellino de más de cien kilos de peso empujando a peatones e insultando al colesterol de las aceras: los carritos de bebés.

—¡Niños del demonio! ¡Tengo prisaaaa!

El sonido del móvil sacó a Marc de su ensoñación. Era Joel otra vez.

—Querido, ¿dónde vives? —dijo con la voz ronca por las prisas.

## Lo que pasó en la sauna

Marc recibió a Joel con un albornoz blanco en el que podían verse bordadas sus propias iniciales MK —Marc Kaplan— bellamente enlazadas. Joel vestía pantalón oscuro, camisa clara y corbata roja. Llevaba también una gabardina de detective privado, de la escuela de Humphrey Bogart o Colombo. Marc le enseñó el piso. A Joel le gustó mucho, envidió la situación de su joven amigo.

—Es un sitio muy acogedor —comentó—, adoro los techos altos.

Eran las seis de la tarde y los pintores seguían trabajando. Marc le ofreció una cerveza a Joel y se sentaron sobre un par de viejas hamacas que había en la terraza. El sol seguía allá en lo alto, bañando de luz el paisaje urbano, era una tarde primaveral típica, de esas que se alargan. Joel iba en mangas de camisa, se había quitado la corbata y desabotonado los botones superiores.

—¿Y bien? ¿Qué ha pasado en la sauna?

—Oh, ya sabes cómo son estas cosas. Hay días que sí y otros que no.

—Ya, pero alguien habría, algún despistado.

—Sí, por supuesto, había unos señores mayores muy arrugados que se conocían de toda la vida disputándose a un chico bastante guapo que rondaba por allí.

—¿Te gustaba?

—Sí, ya te digo, era guapo. Y el caso es que me ha correspondido el honor de arrebatárselo a aquellos respetables señores, que me han mirado con inquina y hasta diría que con maldad. Así que el único chico estupendo de la sauna me ha llevado hasta una de las cabinas y nos hemos encerrado allí dentro —en este punto Joel se calló y creó uno de sus dramáticos silencios, a los que Marc empezaba a acostumbrarse.

—¿Y?

—¿Y? Te lo cuento enseguida, descuida. Nos hemos abrazado desnudos y hemos empezado a besarnos. El chaval estaba bueno, tenía un cuerpo algo descuidado pero bastante armónico. La cosa era prometedora, mi polla apuntaba alto, concretamente, al techo.

—¿Y qué ha pasado?

—Qué impaciente eres, querido. ¿Que qué ha pasado? Pues que en lugar de rendir los honores correspondientes a mi erección, el chaval ha seguido bajando hasta mis pies. Pues bien, ya sabes lo que viene. Fetichismo. Ha empezado a chupármelos y lamerlos como si hubiera entrado en una especie de trance animal, se ha quedado rígido y casi diría que ronroneaba. Le hablaba, le suplicaba que parase y nada, no me escuchaba. Y por si fuera poco, luego está mi problema con los pies.

—¿Qué problema es ese?

—No soporto que me los toquen, es cosa de nacimiento. Me pone nervioso, me

hace cosquillas, pero no unas cosquillas normales sino absolutamente in-so-por-ta-bles.

Marc miró a su amigo de abajo arriba. Era un gordito muy guapo. Su barba oscura y blanca a la vez, su rostro carrilludo, amigable y divertido. Detuvo su mirada en sus pies.

—Descálzate, quiero verlos.

—¿No irás a...?

—Quiero verlos, anda.

Joel dejó el botellín de cerveza en el suelo y se quitó zapatos y calcetines. Sus pies parecían algo húmedos y pálidos. Marc tampoco era un fetichista de los pies, a decir verdad, no tenía un mayor interés en ellos, pero la visión de aquellos pies descalzos le excitó.

—Y ahora continúa. Empezó a chuparte y...

—Empezó y acabó, porque tuve que pararlo. ¡No lo podía soportar! «¿No te gusta?», me ha preguntado muy extrañado, y yo le he dicho, «NO, a decir verdad, hay otras cosas mejores que podemos hacer».

—Naturalmente, siempre hay un montón de cosas que se pueden hacer. Chupar pies es solo una de ellas.

—Créeme, en una sauna se pueden hacer aún más cosas que en los lavabos de un avión.

—Te creo, ¿y qué te ha dicho?

—Me ha dicho, y cito literalmente: «mi misión en esta vida es dar placer a través de los pies, ése es mi mayor placer». Y no te lo pierdas, me lo ha dicho con una franqueza taaan conmovedora..., y es que de verdad que era muy guapo, se expresaba muy bien. A pesar de todo, yo me he mantenido firme, le digo: «pues ahí afuera hay unos cuantos caballeros deseosos de compartir esa afición contigo, estoy convencido». «Ya, pero me gustan los tuyos». ¿Te lo puedes creer? Se había fijado en mis pies, ¡me quería por mis pies! Yo aquí esculpiendo mi barriga perfectamente redonda con tesón, a base de buen manjar y mejor repostería y todo para... Aaaah, ¿qué haces?

Mientras hablaba, Marc había empezado a masajear aquellos pies tan deseados.

—Relájate, no te los voy a chupar. Es solo un masaje.

Joel obedeció y miró hacia arriba, hacia las nubes de algodón recortadas sobre un cielo turbio por culpa de la polución. Se concentró en aquellas formas y dejó que las manos de Marc hicieran su trabajo. Para su sorpresa, se trataba de algo soportable, es más, empezaba a gustarle.

—Oh, sí —dijo.

—Aquí tienes un nudo —se inventó Marc sobre la marcha, dispuesto a hacerse el entendido.

—Oh, sí, deshazlo, por favor.

—Vale, pero necesito que te quites la camisa.

Joel obedeció, se quedó desnudo de cintura para arriba, con la panza peluda al aire. Marc siguió con lo suyo, prestando atención a cada una de las falanges de los dedos de los pies de su amigo. Estaban fríos y le gustaba el tacto. Todavía llevaba puesto el albornoz, que se había abierto, dejando ver su polla morcillona descapullándose lentamente.

—Oh, sí.

—Hay más nudos. Pero ¿qué tienes aquí?

—Oh, sí, lo sabía, deshazlos todos. Oohh...

—Descuida, pero este te lo tengo que deshacer con la lengua, no te asustes.

—Oohh...

Marc se introdujo el pulgar del pie derecho de Joel en la boca y lo recorrió muy despacio con su lengua.

—Oohh, sí, por favor, chúpamelo.

Marc empezó a practicarle una felación al dedo, recreándose en todo su contorno, acoplando su lengua en la separación con el dedo contiguo, deslizando, tanteando, en definitiva, chupando con convicción.

—¡Señor! —interrumpió de repente una voz desde algún sitio.

Era uno de los pintores, estaba de pie en la puerta de la terraza reclamando atención. Se trataba de una de esas escenas cuya comicidad se subraya en las películas con el sonido de un disco rayado. Marc estaba con una rodilla apoyada en el suelo, con el pulgar del pie metido en la boca, la bata de algodón abierta mostrando un buen pollón y unos huevos colgando, Joel con la barriga peluda y redonda expuesta al sol, la cara desencajada y un visible hilo de baba cayéndole por la comisura de la boca.

—¿Dígame? —dijo Marc estúpidamente, como si contestara a un teléfono invisible.

—Señor, tenemos que irnos.

Aquel muchacho, desviando la mirada hacia el cielo azul celeste, le explicó a Marc que tenían que irse de manera precipitada porque su compañero Radu había tenido un ataque de lumbalgia tremendo y apenas podía tenerse en pie.

—¿Necesita ayuda? —preguntó Marc mientras cerraba su bata, ocultando a duras penas su indiscutible erección.

—¡NO! —replicó el pintor quizá con exagerado ahínco.

## Y lo que pasó después

Los pintores se fueron. En cuanto la puerta se cerró, Joel le dijo a Marc.

—Fóllame.

A lo que éste respondió:

—Posponer la gratificación es un signo de madurez.

—Bien, te diré que soy profundamente inmaduro. Te lo repito: fóllame ya.

—Pero ¿es que no tienes hambre? Yo así no puedo hacer nada, estoy famélico.

De mala gana, Joel transigió, no en vano, también él tenía hambre. No había comido nada desde el mediodía y llevaba horas pateando Barcelona a la búsqueda de un cazador guapo y dispuesto. Ahora lo tenía delante y le había prometido el placer de las cosas sencillas, algo de comida y una buena follada.

Marc preparó unos bocadillos de jamón serrano con tomate, una ensalada de lechuga y una tabla de quesos. Abrieron una botella de vino y disfrutaron de la cena frugal. Charlaron. Marc le habló de su trabajo como artista y Joel de sus ocupaciones en Francia. Trabajaba en una agencia de publicidad, no como creativo, sino como directivo, básicamente se dedicaba a decir «Sí o No» a las diferentes propuestas que le presentaban. Su familia le había dejado en buena situación económica y él se esforzó en conseguir que el dinero trabajase para él y no al revés. Se encontraba en un punto de su existencia en el que, más que nunca, le apetecía delegar: delegar sus escasas obligaciones en gente de confianza.

—Quiero viajar más, quiero pegar un polvo en cada continente. Quizá varios.

En aquel momento se dieron cuenta de que estaban a oscuras. Marc encendió unas velas. No quería una iluminación inclemente, prefería algo más íntimo. Se sentían acalorados y amodorrados por el efecto del vino. Un sopor que tenía algo de afrodisíaco. Las mejillas de Joel se le antojaron a Marc más rubicundas y hermosas que nunca. Lo miraba embelesado, sin prestar atención a sus palabras.

—¿Y tú qué opinas?

Marc seguía en las nubes, no sabía sobre qué tenía que opinar.

—Disculpa, admiraba tu belleza, no te estaba escuchando. ¿Te puedo pedir un favor?

—Claro —respondió Joel halagado.

—Enséñame tu ano.

A Joel le gustó aquella petición tan directa, al fin y al cabo Marc era un artista, y ya se sabe cómo son los artistas. Una pandilla de excéntricos tirando a libertinos. Así que se incorporó y se desprendió de los pantalones. Marc encendió dos velones más. Joel se quitó los calzoncillos torpemente, a punto estuvo de caer al suelo. Sus piernas eran anchas y fuertes. A Marc le gustaron mucho y así se lo dijo.

—Bueno, esto no te lo creerás, pero durante muchos años jugué al rugby. Me crié

en Burdeos, allí es muy popular. Me ficharon en el equipo local por una temporada.

Este detalle de su vida, dicho así de manera casual, mientras se desnudaba, encendió el deseo de Marc. ¡Un jugador de rugby! ¿No era maravilloso?

—Se me daba muy bien el placaje, derribar al contrario. No tenía miedo a nada. Hasta que me lesioné, claro. Una luxación en un hombro, tuve que dejarlo. Una pena, me gustaba tanto placar, el contacto físico, la camaradería en los vestuarios...

Joel se puso a cuatro patas, como un oso de manual. Su cuerpo era orondo, carnes sólidas, sin pliegues exagerados o piel flácida. Sus nalgas redondas aparecían cubiertas de una pelusilla oscura. A medida que ascendías, podías ver cómo la pelusilla se convertía en vello, especialmente en los laterales de la espalda hasta llegar a los omoplatos, que eran, propiamente, las zonas más peludas.

Marc admiró el culo que tenía enfrente. Se acercó y lo observó en silencio y sin tocarlo. Le gustaba la línea que se forma en la junta de las nalgas. Si abrías aquello aparecía el premio. De hecho, aún no había visto el ojete de Joel como correspondía, con la atención merecida, y el momento se acercaba. Saboreó la expectativa y se sintió recorrido por cosquilleos en las zonas bajas de su cuerpo. Mientras tanto, Joel seguía hablando.

—Realmente, todo tenía una explicación. Lo de mi pasión por el rugby, quiero decir. Estaba enamorado de Jean-Marie, el capitán del equipo. Quería demostrarle que yo podía darlo todo, tanto en la cancha como fuera de ella.

Marc no dijo nada, no hacía falta. Corrigió la postura de Joel mientras éste seguía hablando y recolocó las velas para tener más luz.

—Recuerdo una vez. Estábamos en las duchas y reparé en que Jean-Marie me miraba continuamente. Yo le devolvía las miradas, sin saber muy bien lo que estaba pasando. Se me cayó la pastilla de jabón al suelo y yo me agaché a recogerla con gran aspaviento. Mi culo se quedó abierto como una sandía madura, tal como lo tengo ahora. La pastilla de jabón puede ser muy escurridiza, ya sabes.

—Ajá —acertó a decir Marc. Sus dedos separaban las carnosas nalgas en ese momento y apareció por fin el ano de Joel. A primera vista parecía estrecho. Su contorno aparecía sombreado por aquella piel característica, sembrada de sutiles arruguitas, muchas de ellas, todo un mundo por describir, por dibujar, por inmortalizar. Marc pensaba ya en su próximo cuadro sin dejar de escuchar a Joel.

—Cuando me levanté por fin, descubrí que el capitán no me estaba mirando — por lo menos en aquel preciso momento— pero, sin embargo, su polla se había puesto dura como un bate de béisbol. Ummmm... Aquello me dio que pensar.

Marc se había humedecido un dedo y lo frotaba contra el ojete en suaves movimientos de arriba abajo.

—Era evidente que Jean-Marie estaba por mí, le gustaba, su polla no podía mentir. Si lo hubieses visto, oh, sí, eso me gusta, pon más saliva, empápalo.

Uuummm... Sí, adentro, más adentro. Un día lo invité a una fiesta que daba mi amigo Jacques. Era una cena a base de quesos de la región y buen vino. Cuando terminamos de comer, nos bañamos desnudos en su piscina. No había mujeres, solo hombres y, supuestamente, todos éramos heterosexuales.

El ano de Joel empezaba a dilatarse gracias a los pequeños masajes de Marc. Humedeció toda la zona y cada vez trazaba círculos más grandes entre las paredes de aquel delicioso agujero. Joel respondía con gemidos y se dejaba hacer.

—Nos bañamos desnudos y aquello se convirtió en una situación extraña. No hablábamos de cosas típicas de hombres, mejor dicho, ni siquiera hablábamos. El ambiente se volvía cada vez más húmedo y extraño. Jacques, el anfitrión, se sentó en el borde de la piscina y todos pudimos admirar su hermosa polla en creciente erección. Yo me senté a su lado y también mi polla se puso dura. Alguien siguió mi ejemplo, y luego otro más. Era evidente que estábamos orientándolo todo hacia la camaradería homoerótica. Nadie se tocaba, pero... Oooh, sí, ábrelo más, ¿tienes lubricante?

Marc fue a por un tubo de KY y continuó con lo que estaba haciendo. Separó las nalgas de Joel con ambas manos y recreó su vista en las formas que estas desvelaban. Fue generoso con la crema. El frescor hizo que Joel se estremeciese y agitase el culo. Quería más.

—En cuanto nos descuidamos, allí estábamos todos sentados, empalmados, comparando los tamaños y las formas de nuestras respectivas pollas, como si la cosa fuese inocente, ¿te lo puedes creer?, como si se tratase de un sencillo juego infantil. Mis mejores recuerdos eróticos siguen teniendo que ver con lo que pasó aquella noche. Espera, sigue así, prueba a meter otro dedo, oh, sí, sin miedo... Soy de culo estrecho, pero, ummm, sí... Dale.

Marc metió el tercer dedo, ¿de culo estrecho?, ni hablar. Se sirvió otra copa de vino y, tras dar un largo sorbo, decidió desnudarse también él. Se masturbó mientras recreaba su vista en el espléndido cuerpo de su amante, en aquella espalda peluda y aquellas nalgas curvas.

—La cuestión es que descapullamos todas nuestras pollas y de repente allí había una larga serie de relucientes champiñones de carne sonrosada. Unas gotas de precum escapaban de ésta y de la de más allá, y todos estábamos empapados, con la piel de gallina. Y aún así... Jacques era el anfitrión y, hasta donde yo sabía, en aquel momento tenía una novia muy guapa que se llamaba Sabine. Pues bien, he aquí que se mete en la piscina y empieza a chuparme la polla con la mayor naturalidad mientras sus manos se repartían en los laterales, ocupadas en masturbar los miembros de Jean-Marie y otro chaval que se llamaba Joric, uno de los delanteros de nuestro equipo, un estudiante de apenas veinte años que... Uuummmmm, sí, por favor, ¿qué haces?, mira a ver si me metes uno de tus pinceles o algo... Este es un culo tragón...

No te vayas a pensar.

Los pinceles estaban en otra habitación, así que Marc fue hasta allí y escogió uno plano y ancho que utilizaba para la fase de imprimación del bastidor. Volvió al salón, donde estaba Joel a cuatro patas esperando ansioso algo de relleno para su culo hambriento, lubricó la empuñadura del pincel y lo introdujo lentamente hasta el fondo.

—Ooooooh, ¿pero qué pincel es ese?

—Uno muy importante —dijo Marc—, continúa.

—Espera, pon más lubricante.

—¿Así mejor?

—Mucho mejor, ummm. Bueno pues Jacques me está comiendo la polla. Miro a mi derecha, y allí está Jean-Marie, con la cara transfigurada por el gozo y veo que abre su boca en dirección a la mía. Ummm, sí. Empezamos a besarnos. Jacques masajea el miembro de Jean-Marie y no descuida en ningún momento la mamada que me está haciendo. Jean-Marie y yo nos besamos y nos ponemos al día, uniendo nuestras lenguas, acabando por fin con aquella dichosa tensión sexual no resuelta que ya duraba demasiados meses.

Marc dejó todo el mango del pincel bien encajado en el culo de Joel y empezó a masajear el perineo, sabía que aquel espacio entre el ano y los huevos era una zona premium del placer. Joel rugió como un oso y movió sus caderas para amplificar aquella sensación intensa. Su polla estaba dura y un hilo de semen precoz pendía de su extremo. A duras penas pudo continuar con su historia.

—Jean-Marie y yo nos corrimos a la vez mientras nuestras lenguas seguían buscándose desesperadamente. Nos quedamos exhaustos y sin saber qué decirnos. Nos sumergimos en el agua mientras en el borde de la piscina seguían ocurriendo cosas. Jacques se estaba ocupando del resto del equipo. Aquella noche terminó y marcó un antes y un después en mi vida. Yo pensaba que... pffffuffff...

Marc se había levantado y había introducido su polla en la boca de Joel, ya no podía seguir el hilo de la historia. El pincel seguía allí atrás y se movía entre sus nalgas. Una bonita escena, la de aquel oso magnífico a cuatro patas chupando una polla tiesa y con aquella extraña cola añadida. Marc casi sudaba mientras se entregaba a la experta boca de Joel. Pronto éste no lo pudo soportar más.

—¡Fóllame! ¡Méteme esta polla por el culo!

Joel se había cansado del pincel, quería algo más contundente y ergonómico.

Su amante obedeció y extrajo el pincel muy despacio. Introdujo los dedos, allanando el terreno. El ano de Joel se mostraba jugoso y bien preparado. Recibió los más de veinte centímetros de la polla de Marc con avaricia y los engulló sin mayores problemas. Marc agarró a su oso de la nuca y acompasó su movimiento de cadera a un ritmo lento. Paulatinamente, los movimientos se convirtieron en embestidas.

—Ooh, sí, fóooollame... —Joel se retorció de placer y se afanaba en hacerse una buena paja. Sus huevos colgaban y se bamboleaban por el efecto de la pelvis de Marc.

Transcurridos unos minutos, se detuvieron y cambiaron de postura. Se pusieron cara a cara, Joel tumbado sobre el suelo. Se besaban y se comían las lenguas con deseo mientras Marc seguía moviéndose. Alzó las piernas de Joel sujetando los tobillos y admiró la belleza y el temblor de aquella barriga geométrica y perfecta. Las tetas se movían también y Marc atenazó un pezón entre sus dedos. Su polla entraba y salía con facilidad, quizá demasiada. Joel gemía como un oso, haciendo sonidos guturales que sonaban a grrrroooarr, aquello era un oso bien follable y lo demás tonterías. He ahí un culo delicioso y bien entrenado. Ser pasivo en la cama, nada tiene que ver con lo estático o lo inactivo, y Joel daba buena cuenta de ello. Disfrutaba tanto, que su placer era contagioso. Marc aceleró el ritmo y dijo:

—Me voy a correr.

—Yo tambiéeeen...

Se corrieron a la vez. Marc sacó su polla del culo de Joel para descargar sobre su barriga. Sus primeros chorros fueron consecutivos. Una gota espesa de Joel llegó hasta su propia cara y se le metió en un ojo. Mientras tanto los chorros seguían saliendo unos detrás de otros, con vigor, imparables, e iban aterrizando sobre sus tetas y su barriga redonda. Las dos pollas tiasas, paralelas, como un doble geiser del amor en plena erupción. El hueco del ombligo de Joel también se llenó de leche. Cuando Marc terminó a su vez se quedó inerte sobre su presa y se empapó de los fluidos del amor. Así permanecieron durante un buen rato, quietos, sin decirse nada. Había sido un polvo de los buenos y los dos estaban agradecidos a la vida por eso. Se besaron y Marc sopló en el ojo irritado de Joel, que estaba todo enrojecido. La luz de las velas le daba a la escena un aire cálido en el que uno podía vivir eternamente. El cuerpo de Joel se extendía magnífico sobre el suelo y tenía un precioso tono anaranjado. Su barriga se agitaba al ritmo de la respiración, un tanto acelerada. Su agujero del culo seguía lubricado, igual de apetitoso. Marc pensó que quizá luego, más tarde...

—¿Satisfecho? —le preguntó a su amante redondito.

—Quizá me quede unos días más por aquí.

—Be my guest —le respondió Marc—, y aún tienes que contarme cómo acaba la historia del capitán del equipo de rugby.

—Bueno, pues después del clímax viene el anticlímax.

—¿Os hicisteis amantes?

—Jean-Marie no quiso hablar nunca de aquello, abandonó el equipo y se marchó. Ingresó en el ejército con la intención de hacer carrera militar.

—¿No lo volviste a ver?

—Solo una vez. Me lo encontré en la cola de un Carrefour, hace dos años, durante una visita al pueblo de mis padres. Había engordado mucho, un poco como yo, su corpulencia se había expandido, sus pectorales eran anchos y aún conservaban gran parte de su morbo. Fue un poco incómodo para mí, pero mucho más para él. Había abandonado el ejército, regresó a Burdeos y tenía un trabajo como encargado de mantenimiento de un edificio público. Su mujer estaba en la cola con él y sus dos pequeños se desgañitaban porque sus padres se negaban a comprarles golosinas. Cuando nos despedimos, pude ver algo en los ojos de Jean-Marie.

—¿Qué era?

—No lo sé. Tristeza, resignación, quizá el eco lejano de una súplica.

## Posando a cuatro patas

Al día siguiente, Marc se levantó muy temprano. Salió de la cama donde Joel seguía durmiendo y se dedicó a improvisar un estudio, un rincón donde ponerse a trabajar. Barrió una habitación, quitó el polvo y fregó el suelo. Estaba empezando a sentir *aquello*, y *aquello* era esa sensación que precede al gran chorro de creatividad, una incontenible efervescencia que poseía a Marc y le obligaba (no había mucho que reflexionar) a tomar sus libretas, sus lápices y sus pinceles y ponerse manos a la obra.

Andaba ocupado en estos menesteres cuando sonó el timbre. Eran las ocho de la mañana. Los pintores, claro. Por lo que había podido comprobar, iban a buen ritmo, no se demorarían mucho más. Cuando llamaron al timbre de arriba, Marc salió a abrirles. Si Radu estaba incapacitado, alguien debería sustituirle... Y en efecto, alguien ocupaba su lugar. En el vano de la puerta apareció el pintor del día anterior acompañado de uno nuevo, un maravilloso chubby de unos treinta años, sonrosado y de mirada candorosa. Llevaba la cabeza afeitada casi al cero para disimular una alopecia galopante. Sus mejillas estaban rasuradas pero era uno de aquellos tipos que siempre necesitan un afeitado, una sombra oscura amenazaba con cubrir de espesa barba toda aquella superficie en cuestión de horas.

—Buenos días —dijo el capataz mientras entraban en el piso.

—Bu-buenos días —respondió Marc.

Marc les cedió el paso y se fijó en el nuevo pintor mientras se alejaba por el pasillo. Vestía uno de aquellos monos de color blanco y le quedaba estupendamente. Su corpulencia y su volumen le hacían caminar con pasos pesados no exentos de cierto encanto. A eso, Marc lo solía llamar *poesía*. ¡Maldición! Ahora sí se había cumplido su fantasía. ¡Aquel pintor de brocha gorda era lo que su calenturienta imaginación entendía por un pintor de brocha gorda! Una imaginación alimentada en gran parte por la visión de demasiados videos porno en los que los pintores invariablemente —y quien dice pintores, dice fontaneros, electricistas o técnicos en general— llegaban a tu casa, se agachaban para destapar un cubo de pintura, dejando a la vista una magnífica hucha de carne, primer indicio de la orgía que estaba a punto de comenzar.

—No, no y no —se dijo Marc sacudiendo la cabeza.

Intentó alejar de su mente aquellas sensuales distracciones. Se dirigió a su improvisado estudio, cogió un cuaderno de bocetos y un bote de lápices de distinta dureza y regresó a la habitación. Tenía que hacer algo. Aquella comezón artística empezaba a desbordarle.

Joel dormía bocabajo cubierto por una sábana. Su sueño era profundo. Marc tiró de la sábana despacio hasta retirarla del todo. Ante él se ofrecía un bello espectáculo, la desnudez de aquel hermoso amante; la intimidad de aquella escena le recordó

momentos pasados de su vida, buenos momentos, como aquellos en los que había tenido a Theodor de aquella misma forma y lo había dibujado. Pensaba hacer lo mismo con Joel. Necesitaba atrapar su esencia en el papel y traspasarla más tarde a la tela. Era una buena persona, alguien que le había ayudado a aclimatarse a su llegada al continente europeo. Sentía gratitud por él.

Se acomodó sobre una silla y empezó a dibujar. Las formas de Joel eran acolchadas y suaves. Empleó varias hojas en captar diferentes detalles de su anatomía. Aquellas adorables hendiduras apreciables en la parte superior de las nalgas, aquella ancha espalda oscurecida por el vello, aquellos pies de gracioso empeine, aquella nuca turgente y escalonada de jugador de rugby, todo en él era bello.

Eran ya las nueve y media de la mañana y Marc empezó a sentir un hambre animal. La melodía de sus tripas empezaba a tener la duración de una canción pop. Todavía no había desayunado. La luz bañaba toda la habitación y el oso seguía durmiendo en la cama, hierático, sin moverse un ápice, cualquiera diría que hibernaba. Ya era hora de despertarlo.

Mientras desayunaban tostadas con mantequilla y mermelada, café y zumo de naranja hablaron de sus cosas. Joel manifestó su decisión de alargar su estancia en Barcelona, pensaba hacer una escapada a Sitges y le pidió a Marc que le acompañase.

—Con una condición.

—¿Cuál?

—Que antes de irnos para allá, poses para mí durante un par de días.

—Hecho.

Cuando terminaron de desayunar, se dieron una ducha juntos. Marc comprendió al instante que si quería sacar algo en limpio de aquella jornada era preciso hacer el amor otra vez con Joel, y cuanto antes, de lo contrario, tener delante aquel cuerpo serrano, desnudo, posando para él a cuatro patas iba a afectar seriamente a su concentración. De manera que todo empezó como una ducha, una fiesta de la espuma y acabó en una follada en toda regla. Se lavaron el uno al otro debajo del chorro de la ducha. Se aplicaron gel en sus respectivas espaldas y limpiaron bien todos los rincones de sus cuerpos. Se demoraron tanto en estas tareas que ambos se excitaron. Marc le quitaba la espuma de la polla a su amante, gruesa, de unos quince centímetros y coronada por un glande perfectamente descapullado, y acto seguido empezaba a chupar, mientras sus manos asían sus nalgas y jugueteaban por allí atrás. Luego le pidió que se diese la vuelta y se dedicó al rimming, a comerle el culo como es debido. Mientras tanto Joel gemía y se masturbaba muy despacio. A Marc siempre le había excitado sobremanera follar en la ducha, con aquel vapor, aquella humedad. Cuando lo penetró, los sonidos de las nalgas empapadas contra su pelvis mojada

daban lugar a una sinfonía musical puramente erótica, un ñiqui-ñiqui, un flop-flop, que encendía aún más su deseo. Joel salió de la ducha y le pidió a su amante que siguiese follándole contra el lavabo. Marc así lo hizo. El espejo estaba empañado pero dejaba ver una bella imagen desenfocada de osito y cazador haciendo el amor. Sería interesante plasmar aquello en un cuadro, trasladar aquella atmósfera húmeda y sensual al lienzo. Marc se daba cuenta de que estaba dominado a partes iguales por la creatividad y el sexo. Sus sentidos estaban sintonizados con la belleza y la creación. Joel gemía con sus sonidos de oso y se pajeaba ahora con más rapidez. Las nalgas fibradas de Marc embestían contra las suyas y aquellos sonidos seguían envolviéndoles. Flop, flop. Una vez Joel se corrió, Marc sacó la polla, se quitó el condón y la introdujo en su boca. Joel chupó con destreza y se preparó para recibir la descarga en plena cara.

—Aaaahhhhhh.

Marc se corrió sobre sus mejillas, su frente y sobre aquella barba espesa ribeteada por dos franjas capilares canosas. Por supuesto, luego tuvieron que volver a meterse en la ducha.

Un rato más tarde, Joel posaba desnudo a cuatro patas para Marc. Le había correspondido el honor de inaugurar la serie *Anos*.

—Tu ojete se va a hacer famoso.

—¿Cómo de famoso?

—Para empezar ya lo estoy viendo en la portada de *Artforum*.

Pese a que Marc se había preocupado de llenar su estudio de mantas y almohadas, a modo de mullido pedestal, Joel se encontraba en postura incómoda. Marc le había pedido que posara sujetando sus nalgas, abriéndolas para que su agujero quedase despejado y bien a la vista. Mientras tanto el artista se aplicaba a su trabajo, dibujando fascinado, totalmente embrujado por el poder de aquellas formas. Se hallaba absorto, tratando de asimilar su misterio y sus medidas. Quería reunir unos bocetos, así como realizar algunas fotografías. Todo ello le serviría como base para *Ano #1*, un cuadro de enorme formato que ampliase la imagen de un ojete hasta convertirlo en un paisaje extraño y desconocido. Su labor no era sino la de actuar como guía a través de aquellos lugares recónditos de la geografía humana.

—Vivimos en una época en la que todo lo que tiene que ver con el culo se está revalorizando —filosofó Marc mientras intentaba captar la carnosidad de un diminuto pliegue.

—¿Qué quieres decir?

—Por primera vez en la historia de Occidente se le está empezando a dar al culo la importancia merecida.

—¿Y eso por qué? —quiso saber Joel. Le interesaba el tema.

—No estoy seguro, pero diría que tiene que ver con el final de un proceso. Llevamos años deconstruyendo el sexo y sus estereotipos, quizá ha llegado el momento de apostar por nuevas fuentes de placer.

—¿Acaso no existían antes?

—Por supuesto, pero no del modo en que ahora se están empezando a difundir y visibilizar. Todo se está volviendo muy sofisticado. En Nueva York unos amigos han empezado a hacer una serie de camisetas en las que puede leerse: *Ass is the new pussy*, o sea, el culo es el nuevo chocho. Es una actitud combativa. Este colectivo quiere hacer un llamamiento sobre la necesidad de ocuparnos de nuestros culos, de usarlos como herramientas de placer. Regalan las camisetas a los peatones.

—¿La gente está descubriendo la importancia de su ano? ¿A estas alturas?

—Bueno es un proceso complicado. De momento yo he descubierto la importancia del tuyo, del de mis amantes, pero aún no le he dedicado tiempo suficiente al mío. Quería hablarte de ello.

Obviamente había una pregunta implícita flotando en el ambiente, lasciva y un tanto perezosa.

—¿Me estás pidiendo que te folle?

—Sí, pero no ahora, dame un poco de tiempo. Me gustaría visitarte en París e intentarlo allí contigo, en la capital mundial del amor. Es un buen plan, ¿no crees?

—Me gustará probar tu culo.

—Lo tendrás —sentenció Marc muy serio mientras daba los últimos retoques al primer boceto—, el futuro será versátil o no será.

Para unos ojos extraños la situación no podía resultar más curiosa. Un señor gordo a cuatro patas, mostrando su ojete al artista mientras éste lo dibuja y filosofa sobre la importancia cultural de nuestros culos. Ni Joel ni Marc repararon en la singularidad de la escena, acaso para ellos se trataba de una situación de lo más normal, como tampoco repararon en que, en efecto, había un par de ojos en aquel mismo momento observándoles con muchísimo interés. La puerta del estudio estaba ligeramente entornada y una sombra curvilínea delataba la presencia de aquel voyeur, que no era sino el pintor gordito, quien en un descanso de su trabajo, quiso saber qué ocurría exactamente detrás de aquella puerta. ¡Y lo que se encontró!

## Sitges

El mar era un manto azul turquesa, los rayos del sol empezaban a morder la carne, la arena estaba caliente. Pero no quemaba. Había un grupo de osos musculosos jugando en la orilla. En Sitges, el verano se estira en ambas direcciones. Aquel casi parecía un día de julio, nadie diría que estábamos a primeros de abril.

Marc llevaba un bañador tipo boxer, Joel un speedo de color negro. Habían alquilado sendas suites en el Calipolis, el hotel que tenían a escasos metros de sus espaldas. No se plantearon la posibilidad de alquilar una sola, daban por sentado que en algún momento podrían necesitarlas ambas.

—¿Es esta una playa de osos? —preguntó Joel.

—Bueno, es la playa que está enfrente de nuestro hotel, es la más popular de Sitges, o eso creo.

Pese a ser oso y cazador, ninguno de los dos estaba muy al tanto de las cosas de osos. Por supuesto, ambos habían celebrado la llegada de la era Internet por su labor de dar a conocer a los gorditos y a sus seguidores y ayudarles a ponerse en contacto, amén de proporcionarles toda una subcultura con sus herramientas y su universo propio. A Marc le gustaba mucho el porno de ositos, aunque él prefería hablar en términos de chubbies.

—Tenemos que investigar. A lo mejor nos estamos perdiendo algo —añadió Marc.

—Yo también creo que nos estamos perdiendo algo, es un pálpito. Esta playa es un poco... no sé, ¿aburrida?

El panorama era variado. Había un poco de todo. Estaban los muscle bears, que básicamente era un grupo de cuerpos de gimnasio con barba, luego estaba la gente guapa que iba por libre, gays fashion con bañadores de Armani y, por suerte, también había algunos gorditos. Marc llevaba toda la mañana entregándose al juego de las miradas, era cosa divertida. Tenía la impresión de que si, en aquel momento, aún no había follado con ninguno de aquellos chubbies era por pura desidia, por el atontamiento provocado por el sol. Joel se mostraba un tanto disgustado, por eso volvió sobre el tema.

—Esta no es la playa de los ositos.

Estaba guapísimo con aquel bañador. Su cuerpo era precioso, redondo, cien por cien abrazable. Pero eso no bastaba, por lo menos en aquella playa. Miraba a aquellos ositos musculados que jugaban a la pelota en la orilla y había por lo menos un par de ellos que le gustaban, ahora bien, todo apuntaba a que formaban parte de una secta osuna, estaban muy orgullosos de pertenecer a ella pero no tenían ningún interés en relacionarse con los demás. Se le antojaba un gueto hermético, despreciativo y excluyente. Al menos, así se sentía él. Excluido de sus juegos, de sus risas, de sus

aguadillas. Observó a Marc, que intercambiaba miradas con un gordito que estaba un par de hamacas por delante. Sintió envidia.

—Siempre pasa lo mismo: hay más osos que chasers. No es justo.

—Permíteme que no me disguste por eso.

—Eres muy egoísta. ¿Dónde están los cazadores? ¿Es que nadie piensa cazarme?

Se trataba de preguntas retóricas que pronto obtendrían respuesta. Su plan de vacaciones, como su plan de vida, era follar en la medida de lo posible, cuanto más, mejor. Sintió que estaba perdiendo el tiempo.

—No seas tan impaciente —le aconsejó Marc.

—Claro, tu lo tienes más fácil. Por eso te puedes permitir adoptar esa actitud zen.

Sacó el smartphone de su bolsa, abrió el Growlr y visitó también su perfil del bearwww. Quería ver quién estaba conectado, poner algún *woof* y lanzar algunos cebos. No estaba muy puesto en aquellas aplicaciones y en los últimos días se estaba esforzando por aprender su uso. Se daba cuenta de que era un ingenuo. Él se había ido de viaje, había salido de París rumbo a Nueva York, luego había aterrizado en Barcelona y apenas había tenido suerte, daba vueltas sin un objetivo definido, bebiendo copas en bares semivacíos y en locales que no eran para él. Si no llega a ser por Marc... Acababa de comprender —¡ya era hora!— que la gente, especialmente los gays, organiza sus vacaciones concienzudamente con la ayuda de aquellas aplicaciones. Y estas nuevas gentes —*gentes 2.0.*, podríamos llamarlas— dirían cosas como «acabo de follar con Lonelychaser, o sea, que estoy en Berlín». El sexo articula tus vacaciones, era eso. Tu agenda sexual organiza tus viajes. Comprender esto era vital. ¡Bienvenido al siglo XXI! Oh, dios, Joel se sentía tan siglo veinte todavía...

Mientras tanto, Marc seguía detectando belleza a su alrededor. Curiosamente el ejemplar de hombre que más le gustaba era un señor con pinta de sueco, presumiblemente heterosexual. No en vano, estaba acompañado de la que parecía ser su esposa, una mujer madura muy pálida, con la piel quemada por el sol, algo rellenita y achaparrada. No era especialmente guapa. Marc tenía un buen cuerpo, según el canon estético universal era un chico atractivo, quizá aquel señor fuese sensible a sus encantos. Era un pensamiento un tanto cruel, pero Marc no conseguía espantarlo de su cabeza: «¿acaso no me prefieres a mí?». En definitiva, la sola idea de ligar con aquel dios escandinavo empezaba a ponerle bastante cachondo.

Cinco años antes Marc había estado en aquella misma playa con Theodor. Fue en la época en la que expuso sus cuadros por primera vez en Barcelona. Para celebrarlo hicieron una escapada de fin de semana a Sitges. Aquel día Marc estaba agotado y dormitaba en la playa. Poseía un recuerdo bellissimo de Theodor. Lo recordaba saliendo del agua a cámara lenta. En su somnolencia, lo confundió con una divinidad, Neptuno emergiendo de las aguas con todas las carnes al aire. Todas las carnes. ¿Todas? Marc salió de su ensoñación, ¿cómo era posible que Theodor estuviera

desnudo en aquella playa textil? ¿Dónde estaba su bañador de doscientos dólares?

A medida que salía del agua fue objeto de numerosas miradas desaprobadoras. Un oso magnánimo como aquel practicando nudismo en una playa textil. Hum. Los gays fashion desaprobaron aquella conducta y hacían mohínes reprobadores, negaban con la cabeza, se musitaban cosas los unos a los otros.

—¡Qué gordo! —oyó Marc que decía uno de ellos en términos nada elogiosos.

Cuando Theodor llegó hasta donde estaba Marc se puso encima un pareo y se sentó en la hamaca.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Marc—. ¿Dónde está tu bañador?

—Me temo que en algún lugar del mediterráneo.

—¿Estabas jugando en el agua?

—No es culpa mía, son las aguas de Sitges, en cuanto te metes dentro el mar se llena de manos.

—Ah, ya veo.

Según le contó Theodor, una vez dentro del agua, había sentido una mano en su culo. Al darse la vuelta, se encontró con un chico muy guapo que le sonreía, un joven italiano. Theodor le devolvió la sonrisa pero se hizo el remolón. Nadó unos metros mar adentro y se puso a hacer el muerto. El chico insistió, cosa que Marc podía comprender, al fin y al cabo, Theodor era mucho Theodor. Unos minutos después el chico italiano estaba pegado a él como una lapa. Ambos se despojaron de su bañador para experimentar mejor la desnudez de sus carnes. Fue entonces cuando la pequeña prenda de Theodor se extravió, emprendiendo un viaje submarino rumbo a Ibiza.

A Theodor siempre le había gustado mucho Sitges. Solía decir que era una ciudad muy folladora, muy sensual. Toda esa energía sexual se podía palpar en el ambiente, de algún modo uno podía percibirla en todas partes. Caminar por sus calles, comerse un helado por el paseo marítimo, uno podía hacer cualquier cosa, pero en el fondo siempre estabas tonteando, flirteando. No importaba que tuvieras pareja —al menos no le importaba ni a Marc ni a Theodor—, ¡siempre estabas zorreando!

Los osos musculosos de la orilla se cansaron de jugar a la pelota y empezaron a hacer ejercicio físico. A Marc aquello empezaba a parecerle exagerado, ostentoso, incluso. Eran una panda de narcisos. Se exhibían continuamente. ¿Realmente estaban interesados en el sexo? ¿O acaso no eran sino un hatajo de calientapollas? Empezaron a hacer estiramientos, apoyándose espalda contra espalda, entrecruzándose los brazos, levantándose unos a otros, por parejas. A veces miraban en dirección a las hamacas pero solo para comprobar si había alguien (ad)mirándoles.

Marc decidió que lo mejor sería meterse en el agua, a ver si era verdad que se llenaba de manos. Miró a Joel, que tecleaba algo en su móvil.

—¿Te bañas conmigo?

—Uh —musitó Joel, quien seguía tecleando, muy ensimismado.

—Me voy a bañar.

—Ya lo tengo —dijo Joel.

—¿El qué?

—El sitio al que tenemos que ir. La playa de los ositos.

—¿De veras?

—Sí, me lo acaba de decir un chico del Growlr. Está aquí cerca. Playa de Balmins. Pasando el cementerio. Es nudista.

Marc pensó que era sorprendente, podían haberle preguntado a cualquiera de las personas que había en la playa y en lugar de esto fue el smartphone de Joel el que los sacó de dudas. Definitivamente, las relaciones personales estaban cambiando.

—Me voy —dijo Joel levantándose de la hamaca.

—¿Ya? ¿No te bañas conmigo?

—Báñate tú conmigo. En la playa de los ositos.

Marc estaba perezoso. No pensaba moverse.

—Ve tú, luego me cuentas. Yo me quedo por aquí.

—Como quieras. Te llamo desde allí y te doy un parte.

—Genial.

Joel recogió sus cosas a la velocidad del rayo, le dio un beso a Marc y desapareció. El sol seguía muy alto, aún no era hora de comer. Marc dio un sorbo de su botella de agua, sacó sus auriculares, puso su reproductor de mp3 en modo aleatorio y empezó a sonar una canción de Hot Chip.

*My friend once told me something so right  
He said to be careful of thieves in the night  
Baby I've lost you here in the crowd*

La música le daba a la realidad una apariencia de videoclip, de mundo artificial. Marc se ajustó sus gafas de sol y barrió con la vista los alrededores en busca de algo más divertido que una panda de muscle bears comparando sus oblicuos. A un par de metros, la divinidad escandinava pelaba una sencilla manzana y aquello era definitivamente mejor. Ahora podía decirlo con certeza. Era mucho más que un bello espectáculo: había poesía en sus movimientos.

## La playa de los ositos

Joel llegó a su destino sano y salvo. Aquello era más bien una cala dividida en dos. El primer tramo, donde estaban las duchas y el chiringuito, estaba más bien orientado a un público familiar, heterosexual o no.

La playa de los ositos en sí no era sino una pequeña extensión de unos cien metros de longitud. Eso sí, muy bien aprovechados. Aquello estaba lleno de ositos, daddies, chubbies y cazadores, todos mezclados. Además era una playa nudista. Joel se congratuló por haber decidido acercarse hasta allí sin más demora.

Alquiló una tumbona y una sombrilla y se preparó para su día de playa. Se desnudó del todo. Primero se quitó los pantalones cortos, luego el speedo y, por último, la camiseta. Se acomodó, repantigándose en la resistente lona azul de su hamaca, dispuesto a disfrutar del espectáculo que se ofrecía ante sus ojos. La brisa cálida le acariciaba la piel en toda su superficie, por todos sus rincones. Resultaba muy agradable. No había ninguna duda, el nudismo es siempre la mejor opción.

Aquella parecía una playa más social que la del Calipolis, más abierta al diálogo y, ejem, a la posibilidad de hacer amigos. De hecho, Joel pensó que, a juzgar por los distintos grupos que conversaban animadamente en la orilla aquello tenía un algo de patio de vecinas. Todo el mundo parecía conocerse desde tiempos muy pretéritos, había risas y camaradería. Joel se consideraba un tipo bastante extrovertido, su carácter era franco y abierto y su profesión le exigía don de gentes. Era un poco relaciones públicas, con dotes de buen comunicador. No obstante, ahora no estaba en modo trabajo y no tenía un mayor interés en hacer nuevos amigos. No se había desplazado hasta allí con tal fin. Entablaría conversación con quien quisiera pero, eso sí, cuando ésta surgiera de manera espontánea.

Observó a la gente de la orilla. Había un daddy típico, con el pelo completamente cano, que les mostraba algún detalle de su polla a sus amigos. Estos rompieron a reír. Joel reparó con sorpresa en que conocía a dos de ellos. No sabía sus nombres, pero eran nounours parisinos, los tenía más que vistos en el Bear's Den. Descartó la posibilidad de acercarse a ellos y saludarlos. Aquellas situaciones eran muy típicas del ambiente gay y sabía muy bien cómo afrontarlas: actuar como si no los hubieras visto en la vida. La pregunta era, ¿cuántos grados de separación existían entre un osito y otro? ¿Tres? ¿Dos? ¿Uno? Contacto. Joel quería otro tipo de contacto. Miró a su derecha y descubrió a un grupo donde predominaban los chasers. ¡Bien! Quizá una docena de ellos. ¡Estupendo! Además, juraría que estaban hablando de él, puesto que el más guapo de la pandilla señalaba en su misma, precisa y exacta dirección. Era muy moreno y, como el resto de sus amigos, llevaba la barba de rigor. Podría ser español, italiano o turco, ¿qué más daba?

—Ahora sí, esta playa es La Playa —se dijo para sus adentros.

Decidió meterse en el agua, con el fin de descubrir si alguno de aquellos chicos iba tras él. Dio un largo sorbo de su botella de agua mineral para hidratarse, se levantó y se acercó a la orilla. El agua estaba tan fría que dudó sobre la conveniencia de bañarse. Además en aquel momento no había ningún valiente dentro. Por algo sería.

Con todo, hizo de tripas corazón y llevado por el optimismo avanzó sin pensarlo más. El *shock* térmico le hizo exclamar un par de tacos y, tristemente, su polla se encogió hasta alcanzar el tamaño de un garbanzo. Maldita sea. Tomó nota mental de que debía volver a aquella playa pero en pleno verano, cuando todas las condiciones climáticas fuesen óptimas.

Tras un gran ejercicio de relativización (¿cómo serían las aguas polares?) y de autocontrol, se acostumbró a aquella temperatura y poco a poco empezó a relajarse, a disfrutar. Lanzó una mirada al grupo de chasers. Allí estaban. Parecía una pandilla muy bien avenida, como todas las demás. Si bien, percibió un matiz diferente en esta. Había algo oscuro, misterioso e indefinible en aquellos chicos. No eran como los demás grupos que conformaban el patio de vecinas que, a la postre, resultó ser la playa de los ositos. Unos minutos antes, cuando estaba en la orilla, ya había reparado en que parecían todos hermanados por algo, ¿pero por qué? La única pista que parecía apuntar en esa dirección era aquel tatuaje idéntico que todos llevaban en el mismo lugar, en la pantorrilla derecha. Joel había intentado distinguir cuál era el motivo de aquel dibujo pero, sin prismáticos, no era posible. Naturalmente, su curiosidad se había multiplicado.

Desvió la vista en dirección a la línea del horizonte y optó por hacer un par de largos. Por fin había entrado en calor. Nadó hasta una gran boya blanca y luego regresó hasta el lugar aproximado donde había estado, en una zona donde el agua no le cubría del todo. Meó en las aguas del mediterráneo y se tumbó boca arriba haciendo el muerto. Ofreció su magnífica barriga al sol de poniente. Una reluciente redondez cuya piel húmeda producía destellos que le daban un barniz de ensoñación e irrealidad a la escena. Joel flotaba sobre el agua en perfecto equilibrio, la quietud del mar lo permitía. Sentía los rayos del sol sobre sus mejillas, una cálida y muy agradable sensación que le llevó a abstraerse y confundirse con la propia felicidad del momento. Viajó hasta una dimensión de paz, armonía y silencio. Por eso le sorprendió tanto aquel chapoteo repentino y aquella voz varonil inesperada que le decía:

—Cómo flotas, tío.

Joel no entendió bien lo que le acababa de decir aquel chico. Era el más guapo del grupo. Se había llevado el premio gordo. Finalmente, había acudido a su encuentro. «Por fin he pescado algo», pensó para sí, «¡gracias divinidad de las aguas!», agradeció a Neptuno mientras caía irremediabilmente presa de la sonrisa de aquel

bronceado y apuesto muchacho. Y en su ingenuidad, Joel aún estaba lejos de sospechar que era a él a quien habían pescado.

## Sitges como laberinto de osos

Marc agradeció la posibilidad de explorar Sitges por su cuenta. El sol, las callejuelas, las gentes, los osos, las miradas, un cúmulo de cosas que vale la pena disfrutar. Se compró una hamburguesa en La Cantonada (desde 1973) y se la comió sentado en un banco del paseo marítimo mientras miraba la lejana línea del horizonte.

Tuvo un pensamiento para Joel. Un par de horas antes había recibido una llamada suya, pero no consiguieron hablar. Joel colgó antes de que Marc contestase y cuando éste intentó devolverle la llamada, el móvil estaba apagado o fuera de cobertura. Qué raro. Marc tuvo un mal presentimiento, como si en algún lugar de su cabeza se hubiese escuchado la terrible risa de la malvada Bruja del Oeste, pero lo desechó al instante. Sol y playa. Las preocupaciones las quería bien lejos. Joel estaría follándose a un apuesto cazador de piel bronceada.

Terminó la hamburguesa y decidió tomarse un café en el Montroig. Era un lugar amplio, bonito y agradable, de estilo vagamente colonial, entre el aire impostado de una franquicia comercial y cierto barniz de auténtico cosmopolitismo. La hilera de mesas del exterior estaba orientada a la manera de una fila de espectadores, era algo típico de aquella calle, podías sentarte allí y disfrutar del imparable desfile de maricas y heteros de buen ver. Lo difícil era pillar sitio, claro. Se trataba de mesas muy solicitadas.

Marc pidió un café helado y se felicitó a sí mismo por haber sido uno de los afortunados, ocupó su silla de espectador y esperó la llegada de su pedido. Sacó su smartphone y consultó el correo. Tenía noticias de su agente Ginny, que se estaba poniendo muy pesada con la próxima exposición, seguía diciendo que había muchos coleccionistas interesándose por la serie *Anos*. Marc tenía mucho dinero y pocas preocupaciones, desde que había puesto fin a su periodo de luto estaba decidido a trabajar a un ritmo que no excluyese el *dolce far niente*, así que los plazos, los deadlines eran ahora sus enemigos naturales. Y así se lo hizo saber a Ginny. *Take it easy*.

Acabó de revisar la bandeja de entrada y abrió el Growlr. Presionó el botón requerido para visualizar los osos más cercanos. La aplicación pareció volverse loca. Marc pensó que el teléfono le iba a explotar en las manos. «¡Dios mío!», pensó, “¿tantos osos hay por aquí cerca?”. Obviamente, la aplicación era incapaz de procesar tal volumen de datos, demasiados osos por metro cuadrado. Apareció un reloj de arena de color rojo y el móvil empezó a vibrar de manera arrítmica. Finalmente, renunció a consultar el Growlr y se centró en su café helado.

—Ah, sí, el encanto de las cosas reales —se dijo, mientras saboreaba su café y se embelesaba al acompañar con la mirada a un grupo de osos excursionistas que iban calle abajo en dirección a la playa.

El Momento Absolutamente Electrificante llegó escasos minutos después. Apareció como un oso más entre aquel imparable chorro de gente. Pero, en cuanto lo vio, Marc sintió un rayo eléctrico de deseo que estalló en su perineo, inequívoca señal que activó todos sus sentidos y los puso al servicio de una lúbrica causa común. No era un oso más, era el Osazo De Sus Sueños. Al menos, de los sueños de aquel día. Por su aspecto, juraría que aquel Chubby Daddy con pelaje de Polar Bear era típicamente norteamericano. Tenía una bonita calva y una preciosa barba nívea. Su envergadura tenía que ver tanto con las redondeces como con la corpulencia. Su torso era amplio y hablaba de tiempos pasados dedicados al deporte. Sus piernas eran robustas, bien formadas. La barriga abultaba debajo de la camiseta, redonda y geométrica. Había armonía en el conjunto. Cosa fundamental, por lo menos para Marc. Su piel era muy clara, de aquella palidez que se torna carne rosácea al poco de haber sido expuesta al sol. Con todo, lo más arrebatador era su atavío. Vestía como un típico entrenador del equipo de la universidad. Una camiseta de tirantes en la que se leía la palabra COACH y unos pantalones cortos rojos.

—Ahí va mi entrenador.

Sin pensarlo dos veces, apuró el café, dejó un billete de cinco euros en la cuenta (más que suficiente) y se levantó al trote.

El entrenador iba unos metros por delante, caminaba a buen ritmo, sin prisa excesiva pero sí con cierta determinación. Marc no despegaba la mirada de él. Admiraba su cogote, su ancha espalda, sus nalgas redondas, sus gordezuelas pantorrillas.

Llegaron hasta el paseo marítimo. El entrenador se detuvo y dudó. Giró a la izquierda, en dirección a la iglesia. Marc reanudó la marcha y tan concentrado iba que tropezó con un tremendo oso de dos metros por uno y medio de ancho que vestía un peto y una camisa de cuadros. Llevaba perilla y era guapo, pero había un nosequé en su expresión —¿qué era?— que no resultaba en absoluto halagüeño. Percibió en él un olor animal, desagradable. Al chocar contra su magnífica panza, Marc rebotó, perdió el equilibrio y cayó al suelo. El oso de dos metros no se preocupó de amortiguar su caída, se mostró totalmente indiferente. Marc cayó de culo y le dolió. La rabadilla, ay. Desde el suelo pudo ver que aquel enorme oso no iba solo. A cada lado de su formidable físico le acompañaba un chaser. Estos miraron a Marc con desinterés, casi con irritación, como si fuese una estúpida rémora con la que habían tropezado.

—Perdón —dijo Marc sin más.

No se veía al entrenador por ninguna parte pero Marc no pensaba renunciar. Ante el silencio de aquel extraño grupo, se levantó con cuidado, dolorido, sin ayuda, y los ignoró a su vez. Siguió en dirección a la iglesia. Subió los escalones de dos en dos. La rabadilla le dolía horrores. Una vez estuvo arriba barrió con la mirada el entorno

sin éxito. Desde aquella posición elevada miró también hacia abajo. Nada.

No sabía qué hacer. Podía seguir hacia delante, en dirección al cementerio o desviarse a la izquierda, internándose de nuevo en el pueblo. Se decidió por la segunda opción. Recorrió una calle tan estrecha como un papel de fumar y apareció en una nueva encrucijada. Callejuelas que se multiplicaban como fractales. Un oso, y otro oso. Ni rastro del entrenador. Sería mejor volver hacia el centro, a la calle del Pecado, y quizá pasar por el hotel. De repente se dio cuenta de que estaba sediento, aquella carrera a la hora de la siesta había sido demasiado. Vio a un grupo de gente en la calle con cervezas en la mano. Un bar. El cable. Desde 1940. Perfecto.

—Una cerveza —pidió en la barra interior.

—¿Grande o pequeña?

—Grande.

Marc se bebió la mitad de un trago. Se sintió refrescado al instante y recorrido por una agradable sensación que tenía tanto de sopor como de placidez. Acto seguido, su Chub Radar se activó de manera inesperada, emitiendo una enloquecida señal de alerta máxima que decía: Objetivo Localizado.

El entrenador entraba por la puerta en aquel momento. Marc lo miró como si el mismo Zeus hubiese osado bajarse del Olimpo y darse un paseo entre los mortales. Su mirada fue interceptada por su objetivo, correctamente descodificada y premiada con un prometedor feedback: una franca sonrisa en la cara del entrenador. Éste se dirigió a la barra y se situó a la derecha de Marc, su cabeza hizo un gesto de saludo al que Marc, como un imbécil, no respondió. El entrenador pidió una cerveza.

—¿Grande o pequeña? —le preguntó el camarero.

—Grande —respondió con su inconfundible acento norteamericano.

## Me llamo Ron

Una cama redonda, un trío, un *threesome*. Marc estaba desnudo, a su lado estaban el entrenador y su amigo Bobby.

En algún momento el entrenador se había presentado:

—Me llamo Ron.

Y poco después añadió:

—Tengo una cita con mi amigo Bobby. Tal vez te apetezca acompañarme.

Una hora más tarde estaban en el hotel donde se hospedaba Ron. Bobby era un cachorro, un cub muy guapo con barba ligeramente pelirroja, de anchas espaldas y generosas carnes. Estaba a cuatro patas, chupando la polla tiesa de Ron. Marc, a su vez, se agachaba sobre el culo de Bobby y se esmeraba con el rimming. Bobby gemía y se abría las nalgas con las manos para facilitarle el trabajo. Su culo era apetitoso y, a todas luces, tragón. Marc no veía el momento de comprobarlo.

Bobby llevaba el pelo muy corto, rapado con máquina. Era un cachorro saludable de facciones duras, con mandíbula cuadrada de personaje de cómic. Parecía un robusto granjero de Minnesota de apenas treinta años. Se incorporó y se preparó para recibir la polla de Ron, que yacía sobre la cama. Se sentó a horcajadas y se introdujo todo el miembro lubricado. Despacio, encontrando el camino. Toda la polla de Ron fue engullida por el hambriento agujero de Bobby.

—Ooooooh —exclamó.

Se quedó quieto, encajado. Se llevó el frasco de popper a la nariz e inhaló con fuerza, una fosa y después la otra. Su rostro enrojeció súbitamente golpeado por el subidón de la ola. Sus caderas se movían con gracia. Apoyó todo su peso en sus rodillas y empezó a cabalgar como un jinete que se pierde sobre la línea del horizonte, cada vez más rápido.

—Oooooooh, yeaaaaaaah... Fuck my ass!

Ron permanecía estático, era Bobby el que lo hacía todo. Marc acariciaba la espalda del jinete fascinado. Con su mano derecha se masturbaba. Se subió a la cama y le acercó la polla a Bobby. Éste la introdujo en su boca y empezó a chupar. Marc cerró los ojos y saboreó lo grandioso de aquel momento. Se sentía como en uno de esos vídeos de Bear Films que tanto le gustaban, con aquel par de osazos norteamericanos. Mientras asía con sus manos la cabeza de Bobby en dirección a sus caderas, pensaba en su bendita suerte. Marc era un tipo agradecido. Desde que había aceptado al azar como guía y se permitía fluir en armonía con su entorno, se sentía un hombre nuevo, todo le sonreía.

En algún momento la polla de Ron se salió del culo de Bobby, instante que aprovechó el primero para cambiar de postura. Decidió variar de rol. Se acomodó a cuatro patas junto a Bobby, de modo que Marc tenía a su disposición dos culos en

pompa, esperando su turno. Mientras se ponía el condón recreaba su vista en aquella magnífica escena. Su erección era tan rotunda que sentía como si aquella dureza no fuese humana. Animal quizá, mineral, más probable.

Lubricó el ano de Ron, quien gimió al sentir el agradable cosquilleo provocado por el frescor de la crema. Su espalda tenía pelo abundante a la altura de los omoplatos. Al igual que Bobby, era pelirrojo, o lo había sido, puesto que ahora el blanco era el color que predominaba.

El agujero de Ron era estrecho. Según le había contado poco antes a Marc, llevaba solo un año esforzándose en ser un buen bottom, hasta entonces había sido siempre activo. Ahora Ron estaba orgulloso de su versatilidad. Era un buen activo y un mejor pasivo.

Marc introdujo dos dedos y los hizo girar. Los sacó y sumó un dedo más a la excursión. Ron gemía y sentía el brazo de Bobby acariciándole la espalda. Marc sujetó su polla con la mano derecha y la observó durante unos segundos. Se recreó en un lúbrico pensamiento: «Te voy a enchufar todo esto hasta el fondo». Y así lo hizo. La polla se deslizó despacio por el oscuro túnel y, cuando entró del todo, Ron exclamó un «Oh!» seguido de una risa incontenible.

Mientras se follaba al entrenador, Marc acariciaba las nalgas de Bobby, que estaban a la derecha y se movían con cierta ansiedad, recelosas del placer del culo del vecino. Se trataba de una fantasía con la que Marc había soñado numerosas veces. ¿No era maravilloso que estuviese ocurriendo realmente?

—Come on, baby, give me your dick —rugía Ron.

A Marc normalmente le disgustaba que se hablase en la cama, pero aquel acento de la Costa Oeste le otorgaba a la escena ese componente de Bear Films que tanto agradecía.

—¿Será verdad que la vida imita al porno? —se preguntó en algún lugar de su mente.

Embistió con más fuerza a Ron para escuchar un mayor repertorio de frases. Quería hacerlo gritar, quería hacerle sentir su polla en todo su esplendor.

El culo de Bobby se movía en círculos cada vez más rápido. No podía aguantar más. Quería lo suyo. Marc se vio obligado a obedecer. Hizo un paréntesis, y lo empleó en follarse a Bobby. Si Ron tenía pinta de entrenador, Bobby era el capitán del equipo de rugby pero pasado de quilos. Su corpulencia hablaba de buenos desayunos y mejores almuerzos. El bronceado de su piel, su suavidad, transmitía un mensaje de elegancia. A Bobby le bastaba estar desnudo para mostrarse como lo que era, un magnífico ejemplar de cachorro, joven y con estilo. Alguien que sabía cómo debía actuar en la cama.

—Oh, yeaaaah —rugía mientras movía sus caderas para extraer el máximo partido de la polla de Marc.

Ron buscaba los labios de Bobby. Jugaban con las lenguas. El entrenador acariciaba la espalda del capitán del equipo. Bobby le ofreció a Marc el frasco de popper. Inhaló profundamente y durante unos segundos perdió el referente real de aquella habitación. Estaba tan excitado que los vapores del popper lo propulsaron a una dimensión de placer intenso y desconocido. Cerró los ojos, y cuando los abrió, la deliciosa visión de su polla tiesa entrando y saliendo de las preciosas nalgas de Bobby le produjo el equivalente erótico del síndrome de Stendhal. No podía soportar tanta belleza, tanto placer. A duras penas pudo divisar el culo de Ron que se movía ya impaciente, reclamando más. Aquello..., aquello iba a terminar antes de lo esperado. Sujetó con fuerza las caderas de Bobby y empezó a follarle el culo como si fuese el mayor follaculos del mundo. Embestía con ritmo y con mucha fuerza. Bobby lo agradeció y empezó a rugir, a rugir y a rugir. Cada vez más alto. Marc no iba a aguantar más. Ya, ya, ya.

—OOOOOOOOOOOOOOOOOooooooooooooohhhhhhhhhhhh —exclamó mientras descargaba una larga serie de chorros dentro del condón.

Bobby tampoco pudo aguantar más. Sincronizado con Marc, se corrió sobre las sábanas mientras gritaba:

—Fuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuck!

Marc se derrumbó sobre el corpachón de Bobby, liberado por fin de aquel ataque de lujuria, y apoyó la cabeza sobre su nuca. Miró a la izquierda. La cara de Ron, quien seguía a cuatro patas, hablaba por sí misma. Lo habían dejado fuera. Cosas del threesome. Uno nunca sabe cómo va a acabar. El enfado era fingido, pero sus palabras sonaron sinceras cuando, dirigiéndose a Marc, le dijo.

—Me debes una, vaquero.

## Helppppt

Bajaron a comer algo rápido. Una buena sesión de sexo abre el apetito. Comieron los tres en el Burger King de la calle del Pecado. Ron pidió una hamburguesa Steakhouse Rodeo y Bobby una Long Chicken. Marc se decidió por un Whopper. Era la segunda vez que comía hamburguesa aquel día. No era su costumbre, pero qué iba a hacer. Aquellos osos querían sus burgers y no se iban a quedar sin ellas. No quería ser aguafiestas. Para completar, pidieron un combo de cosas varias, tales como patatas fritas de rejilla, aros de cebolla y dos envases de Chicken Pops.

Lo devoraron todo en cuestión de seis o siete minutos. A Marc le desagradó que pusieran tanta mayonesa en su Whopper y abandonó la hamburguesa a falta de dos mordiscos. Los dos osos norteamericanos se conocían desde hacía cinco años. Felizmente, habían coincidido en Sitges, aunque cada uno viajaba por su cuenta. Su primer encuentro tuvo lugar en un Bear Weekend celebrado en San Francisco, ciudad en la que Ron llevaba viviendo desde hacía veinte años. En aquella época Bobby era un recién llegado a la Costa Oeste, un chaval que había sustituido sus afelpadas sudaderas neoyorquinas por camisas hawaianas de manga corta. Aunque se había criado en Hoboken, una pequeña ciudad del estado de Nueva Jersey, se había instalado en Los Ángeles por motivos de trabajo. Era un experto en el campo de la animación digital y había sido reclutado por Dreamworks. Muchos fines de semana, Bobby liaba su macuto y se escapaba rumbo a San Francisco.

Mientras sorbían de sus cocacolas, Ron y Bobby se interesaron por Marc. A qué se dedicaba, etcétera. A Marc siempre le costaba un poco hablar sobre sí mismo, no por timidez, simplemente le interesaban más las historias de los demás.

—Soy un pintor de reconocido prestigio mundial —dijo prescindiendo de falsa modestia y acentuando humorísticamente la parte de «reconocido prestigio mundial».

Ante la expresión de sorpresa del rostro de sus nuevos amigos, se vio obligado a explicarse mejor.

—Hablo en serio —añadió—, me gano muy bien la vida con mis pinceles.

La precisión no estaba de más. Pintores había muchos, artistas a patadas. Si te defines como artista y te hallas en la privilegiada posición de Marc, lo mejor es ser sincero. Te ahorras muchas explicaciones posteriores y, acaso, futuros malentendidos.

—¿Y qué pintas? —le preguntó Bobby.

Marc sorbió de la pajita, dejó que el chute de azúcar fuera absorbido por su organismo y respondió con la mayor naturalidad:

—Ahora mismo estoy pintando anos.

Ron y Bobby se miraron divertidos y respondieron al unísono.

—Formidable.

—Busco modelos, por cierto —dejó caer Marc.

—Donde quieras, cuando quieras y como quieras —dijo Bobby.

Sería estupendo pintar los anos de aquellos dos nuevos amigos. Ojalá pudiera llevarlo a cabo, se dijo.

Empezaba a anochecer. Era la hora de la merienda-cena según el horario español. El Burger King se vio invadido por una marea de clientes nuevos. Los muscle bears que jugaban en la playa. Mira por donde. Ron los miró con simpatía, sonriéndoles.

—Es perder el tiempo —le susurró Marc al oído—. Son una pandilla de narcisos. No te darían ni la hora.

Era un buen momento para cambiar de lugar. Bobby se despidió. Tenía una cita en el XXL con un chico al que había conocido en la playa de los ositos el día antes. Ni siquiera recordaba su nombre. Cosas de Sitges.

Ron y Marc se despidieron de Bobby y decidieron dar una vuelta por el paseo marítimo. Marc quiso saber a qué se dedicaba su amigo.

—Dime que trabajas como entrenador de un equipo de fútbol profesional —bromeó Marc.

—Lástima. Siento decepcionarte.

Ron le explicó que se acababa de jubilar, tras más de veinte años al servicio del ejército de los Estados Unidos, en el cuerpo de ingenieros como Oficial Técnico. Había viajado por todo el mundo y se había especializado en proyectos de desarrollo en misiones de paz. Este dato tranquilizó a Marc, cuya opinión del ejército norteamericano estaba lejos de ser buena. Según siguió contándole Ron, durante los últimos años de servicio fue destinado a San Francisco. Una vez abandonó la profesión militar, trabajó para el sector privado como Jefe de Seguridad en un Parque Tecnológico en Burlingame, en la península de San Francisco. Cuando cumplió cincuenta y cinco años —cosa que ocurrió tan solo unos meses atrás— concluyó que ya había trabajado suficiente. Disponía de una pensión y de sus buenos ahorros. Ron decidió entregarse al hedonismo y a las causas solidarias del entorno de Castro Street.

—Wow —exclamó Marc, cuando Ron acabó el resumen de sus últimos años. Sentía cierta fascinación pop por aquellas historias, eran *tan* norteamericanas. Tan icónicas.

Había una conexión clara entre ellos, pese a sus diferencias. Marc dedujo que Ron debía de ser una persona eminentemente práctica, de acción, resolutiva. En eso no eran muy similares. El componente bohemio de Marc lo llevaba antes por derroteros de pausa, de reflexión y, a menudo, de indecisión.

Luego hablaron de hombres.

—¿Te gustan gordos o delgados? —quiso saber Marc, a tenor de lo cómodo que se sentía Ron en la cama tanto al lado de un chaser delgado como él como de un osazo redondo de la envergadura de Bobby.

—Me gustan las caras, el físico me importa menos. Con un golpe de vista, puedo

enamorarne de una cara, de sus facciones, de su expresión.

—Es curioso. Yo me fijo antes en los volúmenes y en la proporción que en las caras. Me cuesta mucho imaginarme en la cama con alguien flaco. Diría que es imposible.

—Uuummm... —murmuró Ron.

—¿Ummmm...?

—Yo pensaba del mismo modo a tu edad. Y también daba por cierto que iba a ser activo de por vida.

—No me importaría ser pasivo en el futuro, ojalá, pienso que no hay que cerrarse puertas, y menos en el sexo, pero eso de acostarme con un twink o con otro chaser... No lo veo. Si te parece, hablamos en veinte años.

—Apostemos algo. La vida me dará la razón. Eres muy joven.

—Mejor no, eso de apostar es muy norteamericano, no me tomo muy en serio las apuestas, quizá porque suelo perder...

La noche había caído ya hacía rato y empezaba a refrescar un poco. Ron iba vestido todavía con su uniforme de entrenador y tenía la carne de gallina, se frotaba los brazos para darse calor. De repente, Marc se acordó de Joel. Era muy raro que no hubiese dado señales todavía. Francamente raro. Habían quedado en que le llamaría desde la playa de los ositos. Y, pese a haber transcurrido ya mucho tiempo, eso no había ocurrido. Sacó su móvil para revisar los mensajes. Nada. Marcó su número. Seguía apagado o fuera de cobertura. Aquel mal presentimiento que tuviera horas antes iba instalándose en su estado de ánimo paulatinamente. Por alguna oscura razón, en su mente apareció una imagen fugaz de aquel extraño oso del peto vaquero con el que había tropezado durante su persecución tras Ron, evocó su desagradable olor animal y experimentó una nítida sensación física de amenaza. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Aquello era una certeza. Se trataba de Joel. Su amigo estaba en apuros.

—¿Todo bien? —preguntó Ron al advertir la sombra de la preocupación en el rostro de su amigo.

Marc le miró en silencio y meditó bien sus palabras:

—No me pidas que te explique cómo puedo estar tan seguro pero creo que mi amigo ha desaparecido, necesita mi ayuda.

En ese momento sonó un móvil. Marc se alteró, sonaba igual que el suyo. Pero no, era el de Ron. Había recibido un mensaje. Mientras lo leía, arrugó las cejas, sin comprender.

—Esto es muy raro.

—¿El qué? —preguntó Marc.

—Es un mensaje de Bobby.

—¿Qué dice?

—Que está en peligro. Necesita ayuda desesperadamente.

—¿Cómo?

El mensaje decía: «Helppppt».

## Un caso para la Brigada de los Osos

Las pesquisas empezaron inmediatamente. Descartaron acudir a la policía. Ni siquiera habían transcurrido veinticuatro horas desde las desapariciones de Joel y Bobby. Dos chubbies evaporados con tan solo unas horas de diferencia. Estaba claro que ambos hechos estaban conectados por algo, pero ¿por qué? Ron el entrenador y Marc el intrépido cazador se aplicaron a las labores detectivescas. En el hotel de Marc imprimieron fotografías de los dos amigos y, sin más demora, se acercaron hasta el XXL, el bar adonde acudió Bobby tras despedirse de ellos.

Una vez allí, preguntaron al camarero, un oso musculado de cabeza afeitada de unos treinta y tantos años.

—Estamos buscando a nuestro amigo —le dijo Marc, enseñándole una fotografía de Bobby.

El camarero la observó con gran atención.

—Está muy bueno —dijo.

Marc suspiró con resignación. Quería pistas, no obviedades.

—Sí, y también está desaparecido. Si pudieses recordar algo...

—Te lo digo claro: si le hubiese visto, lo recordaría, no lo dudes.

—Bien, tu palabra de chaser me vale.

Marc le dio las gracias y estaba a punto de darse la vuelta. El camarero le cortó:

—Pero eso no significa que no haya estado aquí. A menudo la gente se queda fuera con su bebida, especialmente si hace bueno como hoy. Puede que el amigo de tu amigo entrara a pedir unas cervezas, mientras él esperaba fuera.

—El amigo de mi amigo —murmuró Marc para sí mismo. De eso se trataba: ¿Quién era *el amigo de mi amigo*?

Se despidieron del camarero y Marc le preguntó a Ron.

—¿Qué sabes del amigo de tu amigo?

—Nada, no sé nada.

—Piensa. ¿Qué te contó Bobby sobre él?

—Me dijo que era un chaval muy majo, que estaba bueno.

—¿Qué es un tío bueno para Bobby?

Ron no tuvo que pensar mucho:

—Un chaval como tú. Le gusta un poco de todo, como a mí, pero si viene a Sitges prefiere un buen chaser, en la Costa Oeste tiene big bears de sobra.

—O sea, que debemos buscar a un chaval como yo. Ya es algo. ¿Qué más?

Ron se concentró, casi podía escucharse el engranaje de su mente. Había un hilo del que quería tirar, pero el extremo fluctuaba y no se dejaba coger.

—Ya lo tengo —dijo al cabo de un minuto.

—¿Qué? —preguntó Marc impaciente.

—Me dijo que lo había conocido en la playa.

—¿En qué playa?

—En la playa de Balmins.

—¿Es esa la playa de los ositos?

—Así podría llamarse, sí.

—¿La nudista?

—Así es. Estuve allí con él hace dos días. La foto que le hemos mostrado al camarero la tomé allí.

—¿Y qué más te contó Bobby?

El engranaje mental de Ron volvió a ponerse en marcha. Marc tenía fe en los procesos mentales del entrenador. Era mucho entrenador. Podías confiar en él.

—Ya lo tengo.

—¿Y?

—Me dijo que este chico estaba marcado por el símbolo de los ositos.

—¿Quieres decir por una zarpa de oso?

—Supongo.

Marc pareció más bien decepcionado.

—¿No te das cuenta? —le preguntó a Ron con una nota de impotencia en su voz.

—¿De qué?

—¡Tenemos que buscar a un chaval que lleva tatuada una zarpa de oso! ¡¡En Sitges!! ¡Dios mío, es como buscar a un chino con los ojos rasgados! ¡Es una misión imposible! ¡Nunca lo conseguiremos!

Marc había caído presa de la histeria. El inicio de aquel caso no podía ser menos prometedor. Estaba convencido de que si localizaban a Bobby, éste les llevaría hasta Joel, pero de repente Bobby se alejaba hasta que su barriga redonda no era sino un puntito en el horizonte, y con él Joel.

—Helppppt —dijo Marc de manera estúpida. También él necesitaba ayuda.

—No me entiendes —añadió Ron intentando calmar a su amigo—, cuando digo *marcado*, no quiero decir *tatuado*. Quiero decir: *marcado* como el ganado.

—¿*Marcado* por la zarpa del oso? —repitió Marc comprendiendo lo bizarro del asunto.

—*Marcado*.

—A fuego.

## ¿Ha visto a este oso?

Al día siguiente, la Brigada de los Osos se levantó temprano, a eso de las ocho, pero era demasiado pronto para desplazarse hasta la playa de los ositos. La hora óptima sería a eso del mediodía, momento en el que los habituales ya estarían allí. En la playa de los ositos se ficha todos los días, si te saltas un día, casi tienes que pedir un justificante. Eso es lo que, al menos, había asegurado Ron.

Habían dormido juntos en la suite de Marc. Les costó conciliar el sueño. Ambos estaban preocupados por sus respectivos amigos y amantes. No obstante, fue muy difícil ignorar el contacto de sus cuerpos desnudos en la enorme cama. Nadie habló de tener sexo. Sencillamente, se desnudaron y se metieron bajo una fina sábana de seda. Se besaron y se abrazaron. Ron le daba la espalda a Marc. Permanecieron así un largo rato. Marc tuvo visiones de un Joel en peligro, desnudo y amordazado en el maletero de un coche. Alguien abría el maletero, pero no podía llegar a saber quién. Una figura enorme, ominosa, desconocida. O acaso no tan desconocida. En su ensoñación se mezclaban imágenes con recuerdos bajo la forma de una intuición. Joel amordazado, marcado como una res con una zarpa de oso, oscurecido por una oronda y terrible silueta a contraluz. No era posible. Marc caía presa de una agitación. De un eco del pasado, de algo que le había contado Theodor en una ocasión. Pero no era posible. ¿Cómo iba a serlo? No, no y no. Marc se esforzaba en librar su mente de tales pensamientos y se abrazaba más fuerte a su entrenador. Necesitaba descansar, les esperaba un día muy largo. Pegó su pelvis a las nalgas de Ron y logró tranquilizarse. El frescor y la turgencia de aquellas acogedoras redondeces despertó a su polla inerte. Floreció como una caléndula a media tarde. El espléndido champiñón sonrosado de Marc se encajaba en la raja del culo de Ron. Por desgracia, éste dormía. Marc pensó sobre la conveniencia de ponerse un condón y follarse a su amigo. Su polla tiesa parecía un tronco de nogal. ¿Acaso debía hacerse una paja? Nada de pajas, se dijo. ¡Resérvate!

Al despertar, llamaron a recepción para que les subieran el desayuno. Ron pidió unos huevos fritos con panceta y abundante café. A Marc se le revolviéron las tripas, no conseguía entender cómo alguien podía comerse un huevo frito recién levantado. Solía hablar mucho de aquello con Theodor.

Se dieron una ducha juntos y echaron un buen polvo. Sus cuerpos mojados se encajaban con facilidad. El entrenador movía el culo como si quisiera tragarse no ya toda la polla tiesa de Marc, sino al propio Marc entero. Necesitaban desfogarse, liberar tensiones, canalizar sus emociones. El contacto de sus pieles mojadas bajo el chorro de la ducha les hizo olvidarse por unos instantes de sí mismos, del peso de la responsabilidad. Más tarde, pasaron por el hotel de Ron —necesitaba cambiarse de ropa— y se prepararon para un nuevo día.

Habían intentado contactar de nuevo con Bobby y con Joel sin éxito. Sus móviles no estaban operativos. Marc empezaba a contemplar la opción de acudir a la policía, aunque Ron le disuadió. Había una urgencia en el ambiente que chocaba contra la burocracia policial. A las once y media llegaron a la playa de los ositos.

El sol pegaba fuerte, había muchos bañistas, especialmente gente mayor. Miraron a su alrededor. Predominaban los señores de sesenta años en adelante, de todos los tamaños. Jubilados de todas las nacionalidades. Marc pensó que aquello tenía algo de cementerio de elefantes. Ibas a morir allí, donde sabías que, quizá, todavía te aguardaba alguna oportunidad.

Por lógica, descartaron hablar con aquel sector de la tercera edad. Pensaron estratégicamente. Tanto Joel como Bobby atraerían a chasers jóvenes. Era preferible preguntar a estos. Pero no había ninguno en aquel momento. Lo mismo de siempre: había más osos que cazadores.

—Mierda —dijo Marc.

También cabía pensar en los osos bollos, es decir, en los osos y los chubbies que solo sienten atracción hacia su misma especie, pero ¿quiénes de entre aquellos lo eran? Ron y Marc se sentaron en una roca, en la zona sombreada de la cala, y se pasaron una botella de agua fría. Tenían mucha sed. Esperaron.

—Ya lo tengo —dijo Ron.

Había interceptado la mirada de un oso redondo con pinta de alemán que hacía como que leía distraídamente su libro electrónico.

Ron se presentó ante él y le saludó.

—Hola.

—Hola.

A continuación, sacó una fotografía de Bobby y le preguntó:

—¿Ha visto a este oso?

El oso gordo alemán lo pensó un instante y respondió.

—Está muy bueno.

—Lo sé —dijo Ron, que empezaba a ser consciente de las dificultades añadidas de llevar una investigación seria en aquel entorno.

—¿Estuvo usted aquí el día de ayer?

—No. Llegué anoche.

—Ok, gracias, amigo.

«No sabe nada», le dijo a Marc.

—Pregúntale a aquel chaser anciano, no para de mirarte, deben de gustarle los gorditos —sugirió.

Ron se dio la vuelta y descubrió a un señor flaco como la púa de un peine que lo miraba fijamente, sin importarle la educación.

—Buenos días —le dijo Ron mientras se acercaba.

—Buenos días —respondió el anciano.

—¿Ha visto a este oso tan atractivo? —preguntó Ron cubriéndose las espaldas esta vez.

El anciano contempló la foto de Bobby y dijo:

—No. Me acordaría.

—¿Estuvo usted ayer en esta playa?

—Sí, pero más tarde, no pude venir hasta la una —lo dijo con sinceridad y cierto tono de decepción, como si le hubiese dolido tener que renunciar a dos horas de playa de los ositos.

Ron sacó la foto de Joel.

—¿Y a este? ¿Lo ha visto?

El anciano tardó en responder lo que dura un pensamiento.

—Desde luego. Estuvo aquí ayer.

Por fin. Los cinco sentidos de Ron se pusieron en alerta.

—¿Está completamente seguro?

—Soy un anciano, mi memoria no es tan buena como años atrás, pero créame, no olvidaría a un gordito tan simpático como su amigo.

—Le creo, pero ¿recuerda algo más? ¿Le vio irse? ¿Se fue solo?

—Un momento, vaquero, creo que te puedo decir algo más. Pero dime, ¿de verdad es tu amigo?

—Lo es. Y tengo motivos para pensar que está en peligro.

Ron se mostraba tan sencillo, sincero y directo que el anciano no dudó de su palabra ni por un momento. Dejaron de tratarse de usted. Había conseguido un grado más de intimidad.

—En ese caso, tal vez pueda darte alguna información más. Enséñame la otra foto de nuevo.

Ron le enseñó de nuevo la de Joel, pero el anciano le corrigió.

—Esa no, la otra.

—¿La otra? —pensó Ron extrañado. Al fin y al cabo, ya le había dicho que no había visto a Bobby.

El anciano la tomó en sus manos y la miró con detenimiento. Aquella fotografía la había tomado el propio Ron en esa misma playa dos días atrás.

—Se fue con él —dijo muy seguro.

—¿Con él? —preguntó Ron sin entender.

El dedo del anciano no señalaba a Bobby, apuntaba a una sombra, a una figura que aparecía en segundo término. Ni Ron ni Marc habían reparado en ella. Se trataba de un joven cuyos ojos apuntaban en dirección a Bobby, lo miraban descaradamente y con una expresión maliciosa. Aquella mirada transmitía algo inquietante que no se prestaba a dobles lecturas, y lo que decía era: «te tengo, eres mi presa». Es decir,

aquel chico que miraba a Bobby desde un segundo término, era la persona que se había llevado a Joel. No se equivocaban. Los dos casos estaban conectados.

—¿Estás seguro de que se fue con él?

—Por supuesto, yo estaba viéndolo todo desde aquí. Esta playa es mucho mejor que la televisión. Tu amigo se metió en el agua y este chico fue detrás. Una vez dentro, hablaron durante unos minutos, y al poco, salieron. Se vistieron y recogieron sus cosas. Luego se fueron juntos.

—¿Habías visto antes a ese chico por aquí?

—Sí, varias veces, es muy popular, como el resto de sus amigos.

—¿Qué quieres decir con que es muy popular?

—Quizá exagero. Esa extraña pandilla empezó a dejarse ver en esta playa días atrás. Llamen la atención, pero no se relacionan con los demás grupos. Es natural que la gente hable, que murmure.

—¿Hay alguno de ellos por aquí ahora mismo?

El anciano echó una mirada a su entorno.

—No, no están. Te lo aseguro. No acostumbran a venir solos. Es muy fácil percibir su presencia. Como te digo, se hacen notar.

—¿Es que siempre van juntos?

—Casi siempre. A veces viene alguno de avanzadilla, como si viniese a reconocer el terreno. Más tarde aparecen los demás. Cazan en manada.

—¿Cazan?

—Ya me gustaría tener sus años y su suerte. Cada día se llevan a un gordito diferente. Siempre a los mejores.

Aquello les provocó una punzada en el estómago. Cualquiera diría que hablaban de trofeos. La sensación de peligro aumentaba.

—¿Hay algo más que puedas contarme?

—Nada más. Siempre he pensado que esos chicos se toman demasiado en serio esta tontería de los osos. Apenas hay alegría en sus miradas, en sus movimientos. Y luego esta esa cosa que los identifica... Eso me parece excesivo, desagradable.

—¿Qué cosa? —preguntó Ron. Sentía que se acercaba, que se quemaba.

—Eso de ir todos marcados...

—Por la zarpa del oso —completó Ron.

—Así es.

—Marcados como el ganado.

—Marcados como reses.

El que se quemó finalmente con tal revelación fue Marc. Su intuición crecía imparable, sus peores temores cobraban forma y la forma no era otra que una figura en la oscuridad de su memoria, enorme, redonda y amenazadora. La risa histérica de la Malvada Bruja del Oeste volvió a escucharse. Cada vez más cerca. Necesitaba

hablar con Theodor. Él podría ayudarle.  
Pero Theodor no estaba allí.

## Después del *blackout*

Joel abrió los ojos. No podía moverse. Estaba atado de pies y manos. Tumbado boca arriba, en bañador, un frío húmedo había colonizado sus huesos. No eran cuerdas. Había sido inmovilizado con correas de cuero.

—¿Dónde estoy?

La oscuridad no ayudaba demasiado. Como mucho, podía decir que se encontraba sobre un catre, en una habitación.

Recordar. Debía recordar.

La playa, aquel chico. Se fue con él. ¿Qué más? Su memoria estaba dañada. Se sentía bajo el influjo de algún tranquilizante. Química. Le habían drogado. Una niebla espesa cubría su mente. Aquel chico lo pescó en la playa. Lo pescó, lo pescó, lo pescó. Se lo llevó. ¿Adónde?

—Tengo un sitio —le dijo.

Joel se fue con él. El chico era atractivo y parecía más que dispuesto. Tan dispuesto que le hizo dudar. No actuaba con naturalidad. Había mucha urgencia en su voz, eso le puso nervioso, sembró la duda de la desconfianza. Joel se reprochó no haberse dado cuenta. Mierda. Demasiado tarde.

—Está muy cerca de aquí —añadió el chico.

No tenía mucha conversación. Básicamente arrastraba a Joel hacia algún sitio. No recordaba el recorrido. Pero tenía razón. Estaba cerca. Llegaron al poco. No hablaron de nada.

No se trataba de un apartamento. Sino de una casa, una pequeña mansión.

Recordaba una piscina. Chicos bañándose en ella. Ningún oso a la vista.

Splash, risas, un silencio repentino, el peso de una docena de miradas clavadas en tu nuca. Joel debería haberse dado la vuelta. *Murmura una excusa. Echa a correr.*

Entró en la casa. Error. Aquel chico le invitó a una cerveza. Segundo error. Su sabor tenía un deje a química. Aún podía sentir aquel regusto debajo de la lengua. Metálico, artificial, amargo.

—Me han drogado —dijo Joel tumbado sobre el catre. Necesitaba oír su propia voz. Sentir que aquello era real.

*Blackout*, apagón total. No hay más recuerdos. Oscuridad.

La habitación olía a desinfectante y a semen fresco. La combinación era desagradable. Tampoco se trataba del olor de un cuarto oscuro. *Esto no es un cuarto oscuro.*

Pensó en Marc. ¿Estaría buscándole? Quería creer que sí. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? No tenía ni idea. Si alguien le hubiera dicho que una semana, se lo habría creído.

Poco a poco la niebla de la confusión se iba volviendo menos opaca, aunque su

cruel contrapartida no se hizo esperar. La sensación de realidad transportó a Joel a un estado de alarma. Tenía la garganta seca y ganas de gritar. Pero se contuvo. Debía pensar, pensar con calma. Hacer un ejercicio zen de relajación. Quería pensar que tenía una oportunidad de escapar.

Su barriga subía y bajaba cada vez más deprisa. Hiperventilación. Debía frenar la ansiedad. Intentó moderar su respiración, aminorar el pulso.

—Inspirar.

...

—Espirar.

—Inspirar.

...

—Espirar.

Empezaba a relajarse cuando el sonido de unos pasos le hizo tensarse como la piel de un tambor. Alguien se acercaba. Un hilo de luz se dibujó en el suelo. Alguien entró.

## Quien dice hablar, dice follar

Sabían lo que debían buscar y dedicaron el día por completo a ello. Intentaron conseguir más información en la playa, pero sin ningún éxito. Habían encontrado más gente que recordaba haber visto por allí a aquellos chicos marcados por la zarpa del oso, pero no pudieron obtener ninguna pista sobre su paradero.

Otro de los bañistas les dijo:

—Claro que los recuerdo. Cada día se van con un oso diferente. A veces, les basta una mirada. Siempre son gorditos, no parecen interesados en nadie más. Si tienes barriga redonda, buenas tetitas y un culo como dios manda, puedes apostar a que se acercarán a ti.

El caso es que el propio Ron había estado un par de mañanas por allí, con Bobby, y no había coincidido con aquella panda de cazadores, al menos no con el grupo completo. Podría jurarlo.

—No son cazadores —dijo Marc—, son depredadores.

Durante aquella jornada peinaron todo el pueblo de extremo a extremo. Desde el hotel Terramar hasta el Melià-Sitges. Fue una tarea dura, absolutamente extenuante. Preguntaron en cafeterías, en piscinas, en tumbonas, por la playa del Calipolis, por todas partes. Nada.

De vez en cuando alguien afirmaba haber visto a alguno de aquellos chicos. Llamaban la atención porque solían ir en pandilla y todos llevaban una especie de tatuaje en la pantorrilla derecha. Una pata de oso que se hundía en la carne. Un tatuaje torpe, del color de una quemadura de segundo grado.

Recorrieron los bares. Lo mismo. La investigación parecía estancada. Necesitaban localizar el lugar donde tenían a Joel y a Bobby. Tenían los sentidos en permanente alerta, con el gay radar activado a la máxima potencia, escaneaban cada rostro, cada pantorrilla derecha. Era confuso: todos los osos, todos los cazadores, se parecían. Pantalones cortos de estampado militar, camisetas de tirantes, gorras, camisas de cuadros, barbas, tatuajes, gafas de sol.

Se sentaron en la terraza de un bar. Estaban sedientos y un tanto desanimados. Marc pidió un gin-tonic con corteza de limón y de naranja, Ron un cóctel, un Sex On The Beach.

—Debemos sobreponernos —dijo Marc. Más para animarse a sí mismo que por animar a Ron. Él estaba más necesitado.

—Tienes razón.

—Me temo que no podremos hacer nada hasta la noche.

En efecto, su plan no podría llevarse a cabo hasta pasada la medianoche. Tenían la intención de visitar el Bear's Bar. Maldición, era terrible verse obligado a esperar hasta tan tarde. Cada minuto era valioso.

—Quizá allí encontremos algo, de lo contrario...

Marc seguía empeñado en acudir a la policía. No tenía la entereza de ánimo, ni el arrojo, ni las dotes detectivescas de su amigo.

—Olvídate por hoy de la policía. Iremos a ese bar de osos. Si no encontramos nada, nos plantaremos lo de ir a comisaría.

Aunque partidario de esta opción, Marc temía el momento de explicarse ante la policía. Una secta de chasers malvados estaba secuestrando chubbies en la ciudad de Sitges. ¿Cómo demonios le iba a contar eso al comisario? ¡Necesitaría traducción simultánea!

A las doce en punto entraban en el Bear's Bar. Aún estaba a medio gas. Demasiado temprano. Se tomaron un par de rones con cola, más por la cafeína que por el alcohol. Los escasos parroquianos que había repartidos por el local les miraron de arriba abajo intentando determinar si se trataba de algún ejemplar interesante.

Tanto Marc como Ron tenían claro que debían ir con cuidado. Hacer preguntas, conseguir información. Pero sin que se notase demasiado. De vez en cuando se daban una vuelta por el cuarto oscuro, pero más interesados en reconocer el terreno que en participar de las variadas actividades que allí tenían lugar. Cualquiera diría que se trataba de jaulas de bestias que reptaban en la oscuridad.

A la una de la noche el bar empezaba a mostrar mayor animación. Llegó un grupo de gente entre la que destacaba un chubby de muy baja estatura. Parecía ser muy popular. Saludaba a todo el mundo. Llevaba un sombrero borsalino blanco con una cinta negra y vestía con elegancia un traje de lino absolutamente immaculado. Tenía toda la pinta de un *monsieur* en la Indochina colonial del pasado siglo, su cabello era rubio, un mechón de pelo se recortaba sobre su frente pálida. En el contexto de un antro como aquel destacaba como una mancha de tomate en el manto papal.

Hasta aquel momento solo habían hablado con el camarero, sin que fuera de ninguna ayuda. Era un oso cincuentón en buena forma, ni gordo ni delgado. Vestía una camiseta de tirantes y su pelo corto peinaba canas. Les miró con desconfianza y una franca antipatía. No le gustaban las preguntas. Él tenía un bar y tenía que poner copas, hacer caja. Lo demás no solo no era de su incumbencia sino malo para el negocio. Con un gesto tan desdeñoso como poco creíble, aseguró no saber nada sobre un grupo de cazadores marcados como el ganado.

El chubby del traje blanco sonreía, seguía ocupado saludando a algunos de los clientes, maricas viejas que llevaban apostados en la barra una década, quizá más. Hablaban en francés. Marc le dirigió una mirada de cazador, un dardo de deseo. El chubby reaccionó de inmediato, acusó recibo. Sin dejar de charlar con sus amistades, le devolvió el dardo envuelto en lujuria. Incluyó levemente la cabeza en dirección al cuarto oscuro. Aquello era una promesa inmediata. Para Marc era prioritario

entrevistarse con ese hombre.

—Déjame a mí —le dijo Marc a Ron—. Ese caballero francés hablará conmigo.

—No lo dudo —respondió Ron, dando un largo sorbo de su ron cola.

La música de baile atronadora dificultaba la conversación. Marc se dirigió hacia el cuarto oscuro para hacer tiempo. De vez en cuando una mano aparecía de algún sitio y le acariciaba el paquete, el pecho, o el culo. Marc no mostraba interés. Alguien le chupó una oreja. Hacía entender que no estaba interesado, que no había por allí nada de su gusto. Le costó resistirse a los encantos de un osazo que reconoció como aquella divinidad nórdica que se bañaba en la playa la mañana que estuvo con Joel, enfrente del Calipolis. Aquel oso presuntamente heterosexual que estaba acompañado de su mujer. Marc podía sentir su mirada fija en él.

—Oh, dios, ¿por qué ahora?

Aquel oso escandinavo estaba de toma pan y moja. Marc se debatió entre el deseo y las obligaciones detectivescas.

—¡Mierda! ¡No lo mires! —se reprendió.

Finalmente, la divinidad nórdica se metió en uno de los cuartos con un chaval delgado de poco más de veinte años. Con todo, Marc se aseguró de que no estuviese marcado como el ganado.

Tal como entras en la zona de cuarto oscuro —en una de las dos que puedes encontrar en el Bear's Bar—, a mano derecha, hay una pequeña cabina con una sillita de cuero. Puedes tumbarte allí, suspendido por las correas y, simplemente, esperar a alguien que quiera follarte. Tarde o temprano aparecerá. El chubby del traje blanco había ocupado aquel lugar. Estaba completamente desnudo y la luz roja escasa resaltaba aún más la palidez de su cuerpo. Su piel era fría, mullida y lechosa, con aquella iluminación, parecía fosforescente. Tenía las piernas en alto, el pubis afeitado y su agujero sonrosado bien a la vista. Sobre una pequeña mesita elevada, había un tubo de lubricante, un frasco de popper y varios condones.

Marc entró y admiró el espectáculo. Era el primero en interesarse. Aquel gordito ya no parecía tan sonriente. Estaba más bien serio. Excitado. En sus ojos azules había un mensaje imperioso. Deseaba que alguien lo tomase sin demora, recibir una buena polla en su interior, quizá dos o tres.

El contacto de la mano de Marc con el pie en alto de aquel ser sumiso les provocó a ambos una sensación húmeda y erótica. Marc debía preguntar, sonsacar información, y si fracasaba, si aquel gordito resultaba no ser de ninguna ayuda, regresar a la barra con Ron.

—¿Qué quieres? —preguntó finalmente *monsieur* con un fuerte acento francés.

—Hablar contigo.

—¿Hablar? —*monsieur* pronunció esta palabra con asco, como si se tratase de una almendra amarga que debía ser escupida.

Marc advirtió aquella nota de decepción y reculó.

—Quien dice hablar, dice follar.

Al escuchar la palabra *follar*, *monsieur* reaccionó. Asintió en silencio y empezó a acariciarse. Su polla en erección era pequeña, de unos diez centímetros como mucho. Marc señaló los condones. *Monsieur* le acercó también el lubricante.

Por contraste, la polla de Marc apareció magnífica en tremenda erección. Surcada por venas moradas y coronada gloriosamente por un glande púrpura de cuyo extremo asomaban un par de gotas de precum.

Funcionó. Marc tenía el poder. La perspectiva de tener toodo aquello dentro de sí, de ser follado a fondo por aquella enorme y gruesa verga encendió por completo a *monsieur*.

—Dámela —le exigió a Marc con impaciencia. Era una orden.

Éste se desnudó y se acarició el miembro erecto de manera ostentosa, como si blandiera una espada de carne.

—¿Quieres esta polla?

*Monsieur* asintió rápido con la barbilla. No estaban hablando de tonterías. La cosa iba muy en serio.

Marc se puso un condón y se lubricó bien. Luego untó el culo de *monsieur* y advirtió que el agujero estaba muy dilatado.

—Menuda perra —pensó.

Introdujo unos cinco centímetros de su polla. *Monsieur* abrió los ojos como platos, aquellos ojos azules transparentes en los que te podías mirar como en un espejo. Todavía quedaban más de quince centímetros de polla fuera, lista para entrar, presta a deslizarse por aquel túnel de carne. Marc solo le había metido la punta.

—Preguntas —dijo Marc.

*Monsieur* asintió.

—Respuestas —añadió Marc introduciendo más centímetros de carne.

*Monsieur* asintió más deprisa.

Marc le preguntó entonces por la pandilla de la zarpa del oso.

—¿Los conoces? —dijo mientras sacaba unos centímetros del tronco de su verga.

—Sí.

La polla volvió a entrar, pero no del todo. Solo un poco.

—Sé quienes son —añadió. Quería más rabo.

Marc aproximó un poco más sus caderas.

—Habla.

El caballero francés abrió más sus nalgas ayudándose con las manos.

—Son esclavos.

—¿Esclavos? —a Marc le sorprendió la respuesta.

Metió la polla un poco más y con la mano derecha tiró de uno de los pezones de

*monsieur*.

—Si son esclavos, ¿quién es su amo?

—¡NO!

—¿Quién?

—Wolfgang Chub.

—¿Wolfgang Chub? ¿Quién es?

En este punto, Marc introdujo toda la polla en el interior de *monsieur*, bien hasta el fondo. Éste abrió la boca y puso cara de éxtasis. Estaba desbordado por aquella enorme polla. Llevaba mucho tiempo buscando, intentando revivir aquellas sensaciones. Para amplificar el placer, tomó el frasco de popper con sus manos e inhaló. Marc se lo folló durante un largo minuto. *Monsieur* no paraba de masturbarse.

—¿Quién es Wolfgang Chub?

—Es el amo.

—¿Dónde vive?

—No lo sé.

—¿Me estás diciendo que Wolfgang Chub obliga a sus esclavos a raptar chubbies?

—Oooh, eso he oído.

Marc acababa de darse cuenta de una cosa. Una cicatriz. El propio *monsieur* tenía una zarpa de oso marcada en una nalga. Podía sentir el relieve bajo sus dedos.

—¿Eso has oído?

—Sí.

—Yo creo que le conoces.

—¡No! —afirmó el francés de manera tajante.

—Quizá fuiste su víctima.

—¡No!

No sonaba muy convincente. Marc seguía follándose su culo con arte y estrategia, como si fuese el examen de una oposición y tuviese a todo un tribunal pendiente de él.

—¿Por qué chubbies?

—Es... por deseo de Wolfgang Chub, ooooooh, es un oso bollo. Está loco por los gorditos. Es peligroso.

—¿Adónde los lleva?

—¡Chúpame el pie! —le ordenó a Marc desde su sillita.

—¡No! —se negó Marc, no quería desviarse del tema—, ¿dónde vive?

—No lo sé.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—No lo sé.

—¿Dónde vive?



## Algo sólido

—Vamos, que le has sacado la información a polvos —le decía Ron a Marc mientras salían del Bear's Bar.

—Solo ha sido uno.

—Buen detective estás hecho tú.

—Quizá la Brigada de los Osos tenga futuro. No sé, podríamos ser como el Equipo A.

—Claro, claro, ir por todo el mundo rescatando a osos en apuros. ¿Y qué información relevante has conseguido con tus caderas de chaser?

—La cosa es así. Hay un tío, Wolfgang Chub. No sabemos cómo es, salvo que es gordo y enorme. Se puede decir que es el líder de la secta. A estas alturas considero que podemos llamarla secta —Marc le explicaba esto a Ron mientras descendían por una callejuela hasta el mar—. No sabemos dónde vive, si lo supiéramos podríamos rescatar a nuestros amigos.

—Y a los demás —añadió Ron.

—Tienes razón, Joel y Bobby no deben de ser los únicos.

—¿Estás seguro de que el francés del sombrero no sabía nada más?

—Claro que sabía más, es una antigua víctima de Wolfgang Chub, pero no ha querido cantar. Si abriese la boca como abre el culo...

—Seguimos sin tener gran cosa —se lamentó—, ¿te das cuenta? Nada sólido. Tu polvo debería habernos proporcionado mayor información. No ha hecho avanzar la historia.

—No te pongas teórico —protestó Marc.

—Dame algo sólido.

Y Ron tenía razón. Les faltaba el dato esencial. El paradero de Wolfgang Chub. Una sensación de derrota y de cansancio extremo les invadió a los dos. Se sentaron en un banco de piedra y permanecieron en silencio mirando las estrellas. Eran las dos y media de la madrugada. Había algo de movimiento por allí. Grupos de gente que salían de un garito y se metían en otro. Maricas borrachas que se gritaban cosas y se hablaban en femenino. Los pensamientos de Marc iban por otro lado.

Wolfgang Chub.

Ese nombre.

Wolf.

También Marc ocultaba información. No estaba siendo honesto con Ron. En el pasado, alguien le habló de un tal Wolf. Theodor, por supuesto. Theodor lo conoció muchos años atrás, en los años setenta, en Nueva York. ¿Cómo le llamó una vez? Wolf el sádico. ¿En qué se había convertido con el tiempo? En un chubby enloquecido que rapta a otros chubbies para procurarse placer. ¿Era eso lo que estaba

ocurriendo? Una sombra de un pasado ajeno que resurgía en la soleada Sitges para ponerlo todo del revés. La sensación de amenaza regresó. Aquella risa otra vez. Marc se tapó los oídos, pero seguía oyéndola. Estaba dentro de él.

—¿Te pasa algo? —preguntó Ron.

—No, es solo... que me duele la cabeza.

—Busquemos un analgésico.

—Se me pasará.

—Como quieras, ¿qué más podemos hacer por hoy?

—No lo sé. Ir tras la pista de Wolfgang Chub.

—Por supuesto, ¿alguna idea?

—Nos vendría bien una brújula.

Ron reparó en un espectáculo singular. Un paseador de perros apareció de algún lado. Lo sorprendente es que llevaba al menos doce chuchos a la vez. Era una locura. Unos se iban a la derecha, tensando las correas. Otros a la izquierda. Otros se detenían para olerle el culo a un compañero. Con todo, el paseador de perros era un auténtico profesional. Se le veía avezado y acostumbrado a lidiar con aquel enjambre canino.

—¿Es esto normal? ¿Y a estas horas?

—No lo sé. Ni siquiera en Nueva York he visto cosa igual.

Ambos miraron fascinados el show del paseador de perros.

—Espera —dijo Ron de repente.

—¿Qué?

—Mira aquel chucho.

—¿Cuál de todos?

—Aquel de allí.

Ron señaló a un galgo de porte aristocrático. Además de su elegancia, había algo en él que llamaba la atención. Marc se levantó para verlo mejor. Y lo vio. En un costado, a la altura de las patas traseras estaba marcado por una zarpa de oso. A fuego.

Marc y Ron se miraron asombrados.

—Ahí tenemos algo sólido.

—Nuestra brújula.

## Las ventajas de tener un culo glotón

Bobby no sabía dónde se encontraba. Su cabeza estaba oculta por una tosca bolsa de arpillera. No veía nada. La postura era incómoda. Sus manos y su cabeza estaban alineadas y aprisionadas en un banco de madera, algún tipo de potro de tortura, de modo que él estaba agachado, con el espinazo doblado, aguantando su propio peso, ofreciendo su culo a quien quisiera tomarlo.

No veía nada, pero podía sentir que no estaba solo. Había alguien más allí, en aquella sala, en aquella... ¿mazmorra? ¿Qué si no? Podía oler y escuchar a otros esclavos, otras víctimas.

Escuchó sonido de pasos. Sus raptos volvían.

—Lo tenemos casi listo —oyó que decía uno de ellos.

Bobby decidió hacerse el inconsciente. No se hallaba en buena situación para oponer resistencia.

Oía a varios chicos —¿dos?, ¿tres?— alrededor. Pero no hablaban. Parecían muy concentrados en su trabajo. Arrastraban cosas. En cambio, sí podía escuchar gemidos y toses muy próximas, pegadas a él. Probablemente, provenían de las demás víctimas. Si es que, efectivamente, no estaba solo.

De repente, unas manos se posaron sobre él. Un algodón empapado de alcohol, un pinchazo en la nalga izquierda. *Ay. La fiesta está a punto de empezar.* Una droga actúa muy rápido por vía intravenosa, tan rápido que uno no puede...

Bobby se perdía, su conciencia se alteraba, sus terminaciones nerviosas se preparaban para algo, pero ¿para qué?

Aún pudo sentir algo. ¿Dónde? Allí atrás.

Algo culebreaba en su retaguardia, penetrando despacio en su culo. ¿Una polla? No. Un buen dildo. Aquello hubiera dolido incluso con mucho lubricante. Ventajas de tener un culo glotón.

Entró todo dentro.

Sintió algo que fijaba —sujetaba— aquel dildo. Se aguantaba bien sin manos. Cinta americana. Apuesta por ello. Puedes hacer cualquier cosa con cinta americana. Siempre funciona.

¿Qué estaba pasando? Aquello no le parecía tan desagradable a Bobby, aunque era difícil determinar si... No podía seguir el hilo de sus pensamientos.

Oyó las voces de los chicos.

—Hazlo bien —dijo uno de ellos—, ya sabes cómo se pone Wolfgang si no está todo de su gusto. Tú culo será el próximo.

Bobby experimentó una larga serie de oleadas de placer. La estimulación era máxima, el goce devoraba su conciencia, sentía que ardía en la hoguera de la lujuria

pura.

Aún tuvo un último pensamiento: deseaba más.

## Chub Control

Marc y Ron permanecían en un lateral de la casa. Agazapados. Esperando la ocasión. Momentos antes, el paseador de perros se había detenido allí y había hecho entrega del galgo. Salió a recibirlo uno de los chasers serviles de Wolfgang Chub.

—Tenemos que entrar —dijo Marc—, tenemos que entrar ahora.

—Yo solo puedo hacerlo por la puerta —susurró Ron.

Tenía razón. Con su envergadura, jamás conseguiría saltar la valla que rodeaba aquella pequeña mansión.

—Déjame intentarlo a mí.

Marc recorrió un lateral de la valla, tanteando las posibilidades de entrada. Se detuvo hacia el final, en la esquina. Pudo ver a través del seto y asegurarse de que no había moros en la costa. Con gran agilidad, como si fuese una lagartija, saltó la valla. Estaba dentro.

—Lo ha conseguido.

Ron lo vio desde su escondite y respiró. Estaba muy nervioso, las manos le sudaban y tenía el pulso acelerado. No hacía más que mirar a su alrededor por si aparecía alguien que pudiese prestar ayuda. Cosa harto improbable teniendo en cuenta la zona y lo avanzado de la hora.

Una vez al otro lado de la valla, Marc consiguió llegar hasta la casa sin ser visto. Permaneció inmóvil en un lugar seguro y esperó hasta detectar movimiento. No conocía aquella casa, si quería llegar hasta Joel y Bobby necesitaba alguna pista.

Su espera tuvo recompensa casi de manera inmediata. Uno de los chasers salió al exterior desde las escaleras de un sótano.

—Los tienen allí abajo —se dijo Marc.

Aquella certeza le animó. Se desplazó hasta las escaleras, con mucho sigilo, y consiguió bajar hasta el sótano sin ser visto.

Más que un sótano le pareció una mazmorra. Era un lugar húmedo y oscuro. El aire olía a rancio. Se ocultó detrás de un bidón vacío que en otro tiempo había sido usado como barbacoa y exploró el panorama. Entonces lo vio. Ni en su más viciosa fantasía podría haber incluido una escena como aquella. La fiesta estaba a punto de empezar.

Una hilera de culos gordos en pompa aparecían perfectamente iluminados. Cada uno tenía un buen dildo introducido hasta el fondo, sujeto con cinta americana.

—¿Qué está pasando aquí? —se preguntó Marc—, pero ¿qué barbaridad es esta?

Cogió el móvil, fotografió la escena y se la mandó a Ron. Adjuntó un mensaje. *Todo bien, los tienen en el sótano. Necesito ayuda.* Parapetado tras el bidón, miró fascinado aquel espectáculo. Todos aquellos chubbies allí en fila, inmovilizados en potros de tortura, ofreciendo sus culos. Era una pesadilla, de acuerdo, pero una

pesadilla húmeda como no había experimentado en su vida. Por un momento, se sintió flaquear, lejos de su verdadero objetivo.

—¡Marc! —se reprendió a sí mismo con un susurro.

Y sin embargo, aquellos gorditos secuestrados gemían, más que torturados parecían hallarse en éxtasis. El sótano se le antojó un lugar irreal. Se aseguró de que no había nadie más por allí y se aproximó hasta la fila de nalgas.

Su misión inmediata no podía ser más sencilla. Debía descubrir cuál era el culo de Joel y cuál el de Bobby. ¿Qué clase de prueba era aquella? Volvió a experimentar turbación y una ligera culpabilidad. Honestamente, por momentos aquello tenía más de fantasía que de pesadilla.

Había un total de doce culazos redondos puestos en fila. Todos con sus dildos bien metidos. Marc los analizó uno por uno, a veces se veía obligado a volver a uno que ya había visto. Cada culo era un mundo y todos tenían personalidad propia. Marc se estresaba, debía mirarlos bien, fijarse en sus volúmenes. *Este tiene un lunar. Este es muy redondo. Este es muy peludo. Demasiado suave. Este es un black chub.* Maldición, debía darse prisa.

—¡Te tengo! —finalmente identificó el magnífico culo de Joel, era inconfundible y podría distinguirlo de entre otros mil.

Buscó su cabeza, cubierta con una tela tosca, como de saco de patatas.

—Joel... Joel... —le susurró a la oreja.

Joel no respondió. Solo emitía gemidos. Impulsivamente, Marc llevó su mano hasta el dildo. Al intentar aflojarlo, Joel se retorció en éxtasis, moviendo el culo con avaricia, con la sucia intención de tragarse la polla de látex toda entera.

—¡Estás gozando como un condenado! —susurró Marc sin poder creerlo.

Pasó al siguiente culo. Era un gran culo blanco que parecía un enorme queso de bola. No era el de Bobby. Le echó un último y quizá demasiado largo vistazo y pasó al siguiente. Bingo. Aquel sí era el culo de Bobby.

—¿Qué hago? ¿Qué hago? ¿Qué hago? —Marc sudaba. No sabía cómo actuar. Podría liberar a todos aquellos gordis ahora mismo. ¿O no? No tenía las llaves de los potros de tortura. O sea, que no podía hacerlo. Además, aquella panda de chubbies estaba completamente drogada, uno podía hacer lo que quisiera con ellos, con sus cuerpos, con sus nalgas, ejem, ¡lo que quisiera!, pero había que admitir que no estaban precisamente preparados para defenderse.

Se hallaba presa de tales pensamientos, cuando una figura colosalmente oronda apareció recortada al contraluz a unos metros de distancia.

—Buenas noches —dijo una voz.

La enorme figura dio un paso adelante y Marc pudo verlo mejor.

Allí estaba, Wolfgang Chub en persona, aquel osazo de dos metros por uno y medio con el que había tropezado el día antes, mientras perseguía a Ron por las calles

de Sitges. Marc se reafirmó en su primera impresión: pese a la belleza de sus formas, nada en él resultaba amigable. Su rostro era asimétrico, complicado, como un puzzle desarmado. Sus labios tenían un rictus despreciativo, que ofendía sin necesidad de hablar. Vestía un peto vaquero sin camiseta. Aún así, la imagen hubiera resultado sexy si no hubiera llevado aquella marca en el pecho. La zarpa del oso. A fuego. Enorme. Aquello debió de doler.

—¿Qué hace este flacucho en mi taller? —le preguntó el terrible Wolfgang Chub al aire estancado. Su altivez le impedía dirigirse a nadie en particular.

—Este flacucho va a acabar contigo —le gritó Marc en un arrebatado de valentía.

En momentos así, los villanos de las películas suelen echarse a reír. En este caso, no. Marc optó por una estrategia diferente. Dijo:

—Te conozco, Wolf.

Nuevamente, tiro equivocado. Semejante afirmación no pareció despertar la curiosidad de su enemigo. Daba la impresión de que Wolfgang Chub estaba muy por encima de lo que pudiera decir Marc. Para él no era sino un sucio chaser que se interponía en su camino. Una molestia que debía ser subsanada cuanto antes. Como una espinilla que alguien elimina ante el espejo.

Wolf habló. Tenía su propio discurso.

—¿Ves esos culos de ahí? ¿Sabes que está ocurriendo exactamente?

Marc negó con la cabeza. Las palabras de aquel sádico parecían a prueba de cualquier réplica.

—Digamos que estoy con los preparativos. Pienso penetrar cada uno de esos culos y eso exige un entrenamiento previo.

—Pero dos de mis amigos están entre ellos —protestó Marc—, puedo asegurarte que sus culos están perfectamente preparados.

El mohín de desprecio que mostraba Wolfgang Chub se arqueó en una débil sonrisa. Sin duda, era lo más parecido a una risa de villano que había esperar.

—Créeme, ninguno de ellos está preparado para esto.

Wolf el sádico se desabotonó el peto, despacio, dejó caer la pechera y también los pantalones. No llevaba calzoncillos. Marc cayó presa de un terror mudo. Nunca en toda su vida, ni siquiera en videos porno, había visto una polla tan descomunal. En estado semidespierto era como un enorme cilindro de carne. La polla en sí era preciosa, pero desafiaba todo sentido de la proporción. El tronco, las venas, el prepucio, todo era como debía ser. Pero las medidas... Oh, dios mío. Más que una polla, era muchas cosas dispares: una perversión, una hipérbole, una amenaza, una manzana tentadora, un chiste.

El propio Marc sintió una repentina fascinación que por momentos doblegaba su voluntad. Como si fuese víctima de un extraño influjo. Y tal influjo solo podía provenir de un sitio. De aquella enoorme polla.

—Como comprenderás —le explicó a Marc— necesito agujeros bien dilatados. Los dildos me están ahorrando el trabajo. Como te iba diciendo, preparativos.

—¿Te los vas a follar a todos?

—¿Por qué no?

—La policía está en camino.

Wolfgang Chub sacó de algún sitio un enorme consolador que blandía como un arma. Se dirigió a Marc por última vez:

—A otro con ese cuento.

## Ya-Ba-Doo

Ron escuchó la señal del mensaje recibido. El móvil casi se le cayó al suelo por el nerviosismo. Vio la imagen que le acababa de enviar Marc. Una docena de culos gordos penetrados por dildos. ¿Qué locura era esa? Ron no daba crédito a sus ojos.

—Bobby.

En efecto, un par de nalgas pertenecía a Bobby. Tenía que sacarlo de allí como fuese. Aquello tenía que acabar. La impaciencia se transformó en ansiedad. Ron guardó el móvil. En ese momento solo existía la casa, aquella desangelada mansión en la que estaba ocurriendo todo. ¿Todo? ¿Pero qué exactamente? ¿Y Marc? Marc también estaba en peligro. Miró la puerta metálica una vez más, en busca de una posibilidad.

—Voy a entrar —se dijo.

Le daba igual todo, moriría salvando a Bobby, a Marc y a Joel. Era un fin honroso.

Se encaramó a la valla. Obviamente, no podía saltarla. Le pesaba demasiado el culo. La rabia y la impotencia se transformaron en violencia. Le propinó una fuerte patada a la puerta metálica que provocó un gran estruendo en la noche silenciosa. Nada. Frustrado, Ron lo intentó de nuevo, sacudió la puerta con todas sus fuerzas. Sonó como un rayo aterrizando sobre un tejado.

—¡Eh, tú!

Ron se sobresaltó. ¿Alguien había dicho algo? Se dio la vuelta y cuál fue su sorpresa al descubrir que no era sino un muscle bear quien hablaba. Sin ir más lejos, uno de aquellos con los que habían coincidido en el Burger King y a los que Marc se refirió como «una pandilla de narcisos».

—¿Qué pretendes? ¿Es que quieres robar en esa casa? ¿Eres acaso un sucio ladrón con sobrepeso?

—Alto —dijo Ron—, dejad que me explique.

—¡Eso! ¡Que se explique! —gritó otro muscle bear de la pandilla.

Aquello empezaba a parecer The Warriors.

—Escuchadme, compañeros —Ron apeló a la solidaridad entre osos, aunque no estaba seguro de si funcionaría con aquella facción dura, anabolizada y ensimismada con sus propios cuerpos.

—¡Habla! —le animaron algunos de ellos.

Ron se sintió como Moisés predicando en la montaña. Aquella era su oportunidad.

—Eso, es. Dejadme hablar. Como os digo, necesito vuestra ayuda. Ahí adentro está a punto de celebrarse una terrible orgía.

—¡Bravo! —jalearon algunos de los muscles.

—No, no es lo que pensáis. Ahí adentro, unos chubbies están a punto de ser torturados.

—¡Define tortura! —respondió un muscle un tanto depravado.

—Tengo amigos ahí dentro, amigos de verdad, amantes míos, secuestrados y en peligro de muerte. Sé que no os caigo bien. Sé que mis quilos de más os ofenden. No os pediré que os arranquéis los ojos. ¡Nunca! ¡Jamás! Solo os pido vuestra ayuda. Escuchad mi humilde petición. Apelo a vuestros cuerpos fibrados, con cero por cien de materia grasa, y a la camaradería entre osos. ¿Es que todos esos músculos no son sino un abalorio de verano? Porque si es así, yo me pregunto, ¿dónde están los valores?

—Valores, ummm —oyó Ron que murmuraban algunos de ellos con una nota de desconocimiento en la voz, es posible que no supiesen de qué estaba hablando.

—¡Sí, valores! —insistió, Ron—. Valores como la bondad, la solidaridad, el compañerismo y, por qué no —añadió probando suerte—, la virilidad, la hombría.

—¡Virilidad, sí! —la cuestión de la virilidad fue, en efecto, la que mejor cuajó.

—Así que yo ahora me dirijo a vosotros, como un compañero, como un amigo, como alguien que os comprende y os ama, y os pregunto, ¿vais a usar esos músculos para rescatar a mis amigos o acaso no son sino complementos adquiridos en el *H&M*?

—¡*H&M*! —gritó alguno de los muscle bears un tanto despistado y con un gusto exagerado por las franquicias comerciales de ropa.

—¡Os lo repetiré! ¿Pensáis ayudarme o no?

—¡Virilidad! —gritaron cuatro o cinco.

—¡Compañerismo! —añadió el más ilustrado.

—Vamos a entrar ahí dentro y vamos a rescatar a nuestros amigos los osos gordos. ¡Vamos allá!

La arenga funcionó. La pandilla de osos musculados empezó a propinar patadas a la puerta. La echaron abajo.

—¡Están en el sótano! ¡Por atrás!

Era Ron, intentando coordinar a aquella pandilla enloquecida, una jauría de osos musculados sin control.

—¡Somos los muscles! ¡Somos los muscles! ¡Somos los muscles!

Aquel escuadrón irrumpió en el sótano en el preciso momento en el que Wolfgang Chub intentaba introducir un dildo enorme por el culo abierto de Marc. Sin lubricante.

—Aaaaaahhrrrg —gritaba el pobre Marc.

—Pero ¿qué coño...? —murmuró Wolfgang Chub. Al instante, silbó y de las sombras (¿de dónde exactamente?) aparecieron ocho de sus chasers serviles.

La batalla estaba a punto de comenzar.

Los chasers extrajeron los dildos de los culos de los chubbies y los aferraron con

las manos. Eran sus armas.

—¡Eh, vosotros! —les imprecó uno de los muscle bears—, ¡vuestras armas me huelen a culo!

La batalla tuvo lugar. Los osos se impusieron a los chasers sin problemas. Los golpes llovían a diestro y siniestro y, en conjunto, todos los movimientos de los muscle bears parecían previamente coreografiados. Su lucha era letal y no exenta de belleza. Aquellas fintas, aquellas maneras Ninja, era el trabajo de profesionales. Finalmente, Ron tuvo que admitir que aquellos músculos eran algo más que un complemento de verano. La verdad, jamás lo hubiera pensado.

Reducir a Wolfgang Chub fue otro cantar. Se resistió hasta el final. Sus voluminosas formas no le impedían moverse con agilidad. Marc no perdía detalle de la trifulca. Wolf el sádico, Wolf el luchador. No peleaba a tontas y a locas. Al igual que los muscle bears, sabía desenvolverse, anticiparse a los golpes, hacer daño y doblegar al enemigo. Su enorme mano se estampó en la cara de uno de los osos y el brutal bofetón sonó en las tripas de Marc y en las de todos sus amigos. La escena transcurrió ante sus desorbitados ojos a cámara lenta. Propulsado por el sopapo, el oso giró sobre su propio eje, dando una vuelta completa como las manecillas de un reloj demasiado engrasado y acabó en el suelo inconsciente.

Ante semejante golpe, los demás muscle bears redoblaron sus esfuerzos y lo cercaron. Alguien intentó hacerle una llave por la espalda, pero Wolf reaccionó a tiempo y le infligió un fuerte pisotón en la rodilla que lo dejó fuera de combate. Lo hizo como quien aplasta un cartón vacío de leche. Otros dos de ellos se lanzaron sobre su cabeza con intención de asfixiarle. Wolf los agarró a ambos con sus fuertes brazos y empezó a dar vueltas sobre sí mismo. Los muscle seguían aferrados a su cuello, emitiendo gritos de guerra y tratando, en vano, de provocarle un principio de asfixia. Daban vueltas como un tiovivo fuera de control. Un magnífico chub girando sobre sí mismo a toda velocidad y dos osos musculados que fluctuaban como serpentina al viento. La contienda se desbocó. Otro de los muscle reptó hasta las rollizas pantorrillas de Wolf con intención de morderlas. Tampoco sirvió de nada. Su enemigo reaccionó y, sin dejar de dar vueltas, con un gracioso movimiento de tibia, se las arregló para propinarle una terrible patada en la oreja.

Finalmente, Wolf se detuvo en seco y los dos muscle que llevaba sujetos del cuello salieron disparados como el disco de un atleta olímpico. Uno aterrizó sobre el bidón oxidado tras el que se había ocultado Marc un momento antes. El otro voló hacia la pared opuesta y se estampó contra ella como una figura de plastelina. Hubo una pausa en aquel tumulto. Los sonidos del aire entrando y saliendo de los pulmones de Wolfgang Chub llenaron el sótano. Sus enemigos percibieron que se hallaba muy afectado por el mareo. Se tambaleaba y le costaba fijar la vista en un punto. El sudor cubría su calva y sus generosos mofletes. Su pecho subía y bajaba. La enorme cicatriz

de la zarpa del oso parecía de color púrpura. Wolf el sádico era víctima de la confusión. Sus reflejos se vieron anulados por las circunstancias, hecho que los muscle bears aprovecharon sin más demora.

—¡Aaaaaarrrrrgggh!

Todos ellos se abalanzaron sobre él. Al principio salieron todos rebotados como moscas sacudidas por la cola de una bestia. Pero Wolf trastabilló. Un valiente se colgó de su brazo con todo su peso y lo ayudó a caer. Una vez en el suelo, se le echaron todos encima. Marc se apresuró a coger una jeringuilla preparada que había sobre un pequeño maletín médico, en una esquina, y sin conocer la sustancia, ni la dosis, inyectó el contenido en el muslo derecho de Wolfgang Chub. La droga hizo efecto rápidamente. La montaña de muscle bears que aplastaba la enorme figura de aquel formidable villano dejó de sentir las tremendas sacudidas. El silencio se hizo por fin.

Liberaron a los chubbies y usaron los potros para inmovilizar a sus enemigos. A Wolfgang Chub le reservaron una posición de honor. Lo desnudaron y, por orden de Marc, le enchufaron un dildo XXXL por el culo. La operación estuvo lejos de ser sencilla.

—¡Su culo es virgen! —se dijo Marc para sí mismo, lleno de sorpresa.

Tras trabajosos intentos, los muscle bears consiguieron penetrar el ano de Wolf. Éste movía el culo con violencia y quizá con cierta avaricia. Varios de ellos agarraban cada una de las enormes nalgas blancas, abriéndolas al máximo.

—¡¡AAAaaaarrrrghhhhhh!! ¡¡Grrrrrooooooarr!!

Los gritos de la víctima —¿de dolor o de placer?— crecían a medida que el dildo iban adentrándose más y más en su túnel de carne.

—¡Bien hasta el fondo! —dijo alguien.

Una vez dentro, lo fijaron con cinta americana y salieron de allí de estampida. Aunque algunos de ellos se marcharon de aquel lugar francamente maltrechos, arrastrados por sus compañeros, lo hicieron felices: habían completado su misión con éxito. Su reputación estaba fuera de toda duda.

—¡Somos los muscles! ¡Somos los muscles! ¡Somos los muscles! —cantaban orgullosos.

Joel y Bobby, como el resto de los gorditos liberados —diez chubbies en total— se encontraban bajo el fuerte influjo de una droga. Les costaba hablar y parecían hallarse en un plano lejano, ajeno a la sordidez del momento. El mínimo contacto entre ellos les provocaba una sensación de goce. Estaban todos desnudos y, de momento, nadie se había preocupado de buscar ropas o toallas con que cubrirlos. No parecía una prioridad.

Uno de ellos se encaramó a uno de los potros. Quería ser inmovilizado de nuevo. ¡Quería más dildo!

—¿Será posible? ¿Pero qué os han dado?

Uno de ellos, un chubby bear español de generosas carnes redondas y espesa barba negra habló. Su dicción era torpe y pastosa. Le costaba expresarse.

—Yaaa-Baa-Doo.

—¿Yabadoo? —le preguntó Marc mientras se acariciaba el culo. Aún tenía el ojete dolorido tras el intento de profanación de Wolfgang Chub—. ¿Qué quieres decir?

—Yabadoo es su nombre vulgar, el que recibe en las calles. Es una droga sexual. Soy químico y sé de lo que hablo. Su estructura molecular es similar a la del mdma, pero corregida, aumentada y orientada a la sensualidad. Su efecto se prolonga durante veinticuatro horas y prepara al cuerpo para una experiencia sexual más allá de todo lo conocido, desafiando todos los límites del placer. Por eso te pediré ahora mismoooo... ¡que me folles!

Dios mío, cómo estaba avanzando la química. Marc no quería abusar de una panda de chubbies drogados que suplicaban sexo en todas sus formas. No sería honesto. ¿No? ¿O sí? ¡Pero si lo estaban suplicando! Marc estaba hecho un lío. Intentaba aplicar principios morales a su razonamiento, pero ya no sabía muy bien dónde estaba la moral. Nadie está preparado para una situación así.

Mientras tanto, aquellos gorditos se abrazaban y se besaban. Sus pollas estaban tiesas como un palo. La orgía se celebraría de todas formas. Y Wolfgang Chub se la iba perder, puesto que al darles la espalda no podía ejercer ni de voyeur. Sin contar a Bobby y a Joel, quedaban diez de ellos. Diez amantes redonditos inflamados por la pasión. Se pusieron en fila, uno tras otro, en la posición del trenecito. El de atrás penetraba al anterior y así sucesivamente. La fila adquirió forma circular y el primero y el último se encajaron a su vez. El trenecito era ahora un círculo perfecto del amor, ensamblado con sus pollas tiesas. Los chubbies movían sus caderas redondeadas y se daban placer los unos a otros.

Marc y Ron admiraron el espectáculo completamente fascinados. No podían despegar la vista de aquellas espaldas, de aquellas piernas, de aquellos culos en movimiento.

—¿Es éste el verdadero círculo de la vida? —se preguntó un boquiabierto Marc.

Lo mejor sería sacar de allí a sus amigos cuanto antes. Pese a la belleza de la escena, comprendieron que debían moverse. No podían quedarse hasta el final. Antes de abandonar el sótano, Marc se acercó hasta Wolfgang Chub y se despidió de él a su manera. Jugueteeó durante unos minutos con el enorme dildo que tenía metido en el culo. Lo hacía en nombre de todos los chubbies y los chasers que habían sido previamente torturados en aquel sucio lugar y en todos los demás rincones del

mundo. Con sus manos, Marc estrechó las generosas nalgas blancas de aquel oso malvado para que sintiesen con mayor intensidad el volumen de la polla de látex en su culo recién desvirgado. Wolf el sádico gimió, pero no de dolor. Estaba bajo el influjo del Yabadoo. Era frustrante. Con aquella sustancia de por medio no había manera de infligir daño. Marc insistió sin éxito. Su víctima gozaba. Los roles habían cambiado. Su entrega era absoluta. ¿Cómo torturas a alguien que desea ser torturado? Marc decidió no perder más tiempo y se despidió.

—Adiós —le susurró a la oreja de Wolfgang Chub—, espero que hayas aprendido la lección.

—Te bus-ca-ré —escupió Wolf con rabia, placer y deseo.

Salieron de la casa. Empezaba a amanecer. Bobby y Joel no estaban nada comunicativos. Seguían bajo el efecto de la droga. De vez en cuando decían algo, sin que se supiera muy bien a quién se dirigían, y siempre era la misma cosa:

—Fóllame —decía Joel.

—Fóllame —respondía Bobby.

Aquellos dos seres embriagados de Yabadoo estaban más calientes que el asfalto de California en pleno mes de agosto. En aquel momento su único mandamiento era el sexo. Si Marc y Ron querían tener una conversación seria con ellos iban a tener que esperar todavía unas cuantas horas. Y menudo cuadro. Joel y Bobby iban cubiertos por sendas toallas rojas con un logo publicitario de cocacola. De vez en cuando, se libraban de ellas, las arrojaban al suelo y se dedicaban a comerse la boca, desnudos a la vista de cualquier transeúnte. Las lenguas de Joel y Bobby se enroscaban y se unían en un apasionado beso. Marc y Ron se veían obligados a intervenir, los separaban y se ocupaban de que andasen recto y guardasen cierta compostura. Caminaban los cuatro por el centro de la calle y sus siluetas se recortaban sobre el horizonte del nuevo amanecer. Eran cuatro jinetes que habían compartido una aventura. Avanzaban en silencio, arrastrando los pies. Tres osazos estupendos y un humilde chaser. Felices de haber escapado de las terribles garras de Wolfgang Chub.

De vez en cuando, Joel y Bobby se detenían, las toallas caían de nuevo hasta sus tobillos desnudos y reanudaban su canción:

—¡Fóllame!

—¡Enchúfame el dildo!

**Continuará...**

